BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra 1
Sala en que se encuentra 9
Tabla en que se halla 241
Orden que en ella tiene 26

BIBLIOTECA NACIONAL
1027508

605-
9(24-26)
601784

HAROLDO

EPISODIO DEL SIGLO XV

TOMADO DEL FRANCÉS

POR

AMELIA SOLAR DE CLARO

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

SANTIAGO
IMPRENTA «VICTORIA,» CALLE DE SAN DIEGO, NÚM. 71
1887

DEDICATORIA

Á MI ESPOSO

Mágica luz consoladora y pura,
De mi mente dulcísimo fulgor,
¡Tú, que conviertes mi existencia oscura
En un edén de suavidad y amor!

A tí, bien mío, mi cantar dedico,
No empapado en ardiente inspiración,
Ni de armoniosas consonancias rico,
Mas de mi afecto cariñoso dón.

Ah! si al leerlo la virtud admiras,
Y en tu faz una lágrima rodó,
Si de emoción ó de piedad suspiras,
¡Cuál otra gloria ambicionara—Yo!

DOS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

La autora de esta leyenda pertenece á una familia de poetas: el hacer ella versos, y buenos versos, es cuestión de raza, apenas de estudio.

Hija de doña Mercedes Marín, es hermana de Enrique del Solar, prima de Quiteria Varas y de Pío Varas y sobrina de don Ventura Marín que supo unir con arte distinguidísimo el cultivo de la poesía á un amor profundo de la ciencia filosófica, consagrándoles su vida entera con una abnegación sin ejemplo. Agréguese á esto que las propias hijas de nuestra autora son también poetisas, y se vendrá en cuenta de cómo todos los que llevan el apellido

de Marín tienen forzosamente, y mal que les pese, que ser súbditos de Apolo y de las Musas.

«Et par droi de conquète et par droit de nais sance.»

De doña Mercedes Marín corre publicado un grueso tomo de poesías líricas y de don Ventura Marín tres; Enrique del Solar ha dado á la estampa varios libros en prosa y verso, probando con ellos que es el literato de gusto más cultivado que existe entre nosotros; solamente en colecciones se leen las obras de Pío y de Quiteria Varas Marín, y es una verdadera lástima, porque harto merecen tan claros ingenios ediciones especiales y de lujo.

Debemos felicitarnos los amantes de la literatura de que la señora Solar de Claro se haya resuelto á publicar la presente leyenda. Ha hecho bien! Al mismo tiempo que es de esta suerte consecuente con lo que debe á sus tradiciones de familia, viene á añadir un laurel más á la ya, aunque nueva, fecunda corona literaria de nuestra patria.

Es la primera obra de largo aliento que produce; y es preciso confesar que su ensayo ha

sido feliz y que la más elocuente prueba de su acierto son las lágrimas que á los ojos más secos arranca su lectura. Por lo que á mí toca, más de una vez he cerrado el libro para dar libre campo á mis impresiones melancólicas. Por eso no discuto si pueden hallarse tal cual verso débil, tal cual giro prosaico, tal cual incorrección de lenguaje, porque los lunares no hacen feo al rostro que naturalmente es hermoso: pero, sí, afirmo que «Haroldo» tiene sentimiento, escenas delicadas, situaciones dramáticas, movimiento de escena; en una palabra, que hay en su concepción y desarrollo aquel misterio, aquella inspiración, aquel brillo, aquellas luces crepusculares, aquellas pinceladas soñadoras, que son la poesía. La escuela de Aristarco halla defectos en Homero; y no es ese el verdadero y sano espíritu crítico, que en el arte debe ser lo que en todas las cosas de la vida, generalizador, elevado, tendente á buscar más el conjunto que los detalles para comprender y apreciar el genio.

Me honro de ser soldado de esta escuela. La aprendí en los bancos de las aulas de labios de notabilísimos maestros (los Jesuitas), y cúmple-

me hacer esta declaración para explicar á los lectores de este libro el por qué no me detengo en escarmenarlo verso por verso y estrofa por estrofa, y me coloco por el contrario para apreciarlo en lo que vale, desde un punto de vista más alto y más adecuado á las tendencias literarias de actualidad.

Para mí el arte no es otra cosa que la naturaleza purificada, divinizada, por decirlo así, algo que debe levantar el espíritu hacia arriba para despertar las pasiones nobles del alma; y condeno, en consecuencia, y en absoluto, toda obra que encanalle el espíritu, prostituyendo el carácter y halagando los instintos malos de la sociedad ó del hombre. De aquí que me parecen injustos, indecorosos, signos de verdadera degradación moral, los aplausos que se prodigan á escritores que no tienen otro mérito que una forma más ó menos correcta, pero cuyo fondo parece reflejar la misión diabólica de corromper á sus contemporáneos para escandalizar á las generaciones futuras. Falta á esa clase de obras la primera ley de lo bello, que es siempre refractario del vicio, no de otra suerte que un tribuno corrompido

puede ser más ó menos locuaz y brillante, pero no orador en el justo sentido de la frase "vir bonus discendi peritus" consagrada por el trascurso de los siglos.

El arte literario se me figura como aquellas aves que pasando sobre aguas pantanosas, apenas las rozan con sus alas, de tal manera que vuelan al cielo limpias como vinieron tocando de cerca la tierra, conociéndola, estudiándola hasta en sus fealdades, sin mancharse en ella.

Por más que griten los modernísimos *realistas* ó *naturalistas*, su escuela tal como la cultivan sus principales corifeos, no pasará á la historia más que como una aberración vergonzosa de estos tiempos; así como el verdadero y legítimo realismo no es otra cosa que lo que han puesto en práctica todos los más ilustres escritores del mundo, que buscaron su inspiración en lo bello, no en lo sucio, en la virtud y no en el crimen. La verdad artística es la realidad idealizada, no la realidad expuesta con la audacia de la desvergüenza. De esta suerte el romanticismo cuando no se exageró hasta el delirio fué eminentemente artístico, así como lo fué el clasicismo en manos

de los grandes poetas, así como lo es toda doctrina que no se aparta del sencillísimo principio de que lo ideal es el fundamento del arte siempre que se mantenga dentro de los límites de la verdad literaria. El sentimiento nace de ese ideal, y la poesía vive en él como en su propio centro, como el pájaro en su nido.

Enderezadas van estas reflexiones al estudio crítico y exacto de la leyenda que nos ocupa.

En ella no descubrirá el lector el veneno infiltrado en ninguna forma, ni en cuadros de naturalismo grosero, ni en digresiones de dañosas doctrinas, ni en sombras echadas de propósito para sembrar en el espíritu la intranquilidad de la duda, que es la gangrena que empieza á corroer la sociedad en que vivimos. Se hallarán, por el contrario, en ella satisfechas, al mismo tiempo que el gusto literario más severo, la conciencia moral más delicada, pues el talento de la autora ha sabido ponerse admirablemente al servicio de una y otra idea llena de piedad, de ternura y de poesía. Desde que se abre el drama en una hermosa noche de luna y en el hogar feliz de un antiguo castillo, hasta que se toca á su

desenlace al pie de una cruz cubierta de crespones para dar lugar al arranque de heroismo más generoso que puede concebirse en la naturaleza humana, en cada una de sus páginas los labios del lector arrancan del fondo de su alma una bendición cariñosa para el corazón sano que creó esos caractéres y para la pluma elegante que les dió vida en sus hermosos versos.

Aquel caballero tan cumplido, aquella dama tan pura, aquel fraile tan respetable, aquellos redentores de cautivos tan dignos de la misión que les encomendara el cielo, aquel leproso tan noble y desgraciado, y aquella mujer, en fin, que unía en celestial armonía todo lo que tienen de ideal la virtud y la belleza; y al mismo tiempo aquellas misteriosas apariciones, que tomaban cuerpo y vida en las supersticiones populares, y aquellos juicios de Dios de la Edad Media, y aquellos episodios terribles de las plagas del Africa, y aquellas entrevistas amorosas en un cementerio solitario, y aquellos momentos supremos del desenlace de la leyenda en que cada frase es un rayo y cada movimiento una admirable sorpresa: ¡oh! todos esos detalles, todas

esas escenas, todas esas descripciones hacen de "Haroldo" una leyenda verdaderamente encantadora y eminentemente poética.

Por lo que toca al género mismo de esta producción literaria, excusado me parece detenerme en adelantar opiniones que á fuerza de conocidas llegan á ser vulgares. Quien haya hojeado los poetas españoles contemporáneos á Zorrilla y al duque de Rivas y la mayor parte de los nuestros, comprenderá que pertenece nuestra autora á esta escuela en que la variedad del metro contribuye no poco al atractivo del conjunto y á la belleza de los detalles. No es del caso discutir si se acerca más á la perfección artística esta forma que la que empiezan á adoptar los actuales poetas españoles guardando una sola combinación métrica desde el principio hasta el fin, como Campoamor, Núñez de Arce, etc. Es cuestión de gusto, talvez de moda; y éstos como aquéllos han creado obras inmortales en una y otra forma, y por cierto que no están á un nivel más bajo que los "Pequeños Poemas" y "La Pesca", "El Cristo de la Vega" y "Maldonado"!

Sea de ello lo que fuere, "Haroldo" merece

estar al lado del "Campanario" de nuestro respetabilísimo Sanfuentes: lo que basta para que la señora Solar de Claro esté satisfecha de su empeño y se haya conquistado un lugar distinguido en las primeras filas de los poetas sudamericanos.

¡Honra á su sexo y á su patria!

Santiago, Ábril 21 de 1887.

CARLOS WALKER MARTÍNEZ

HAROLDO

EPISODIO DEL SIGLO XV.

LA NOCHE

Todo en silencio duerme
En la feudal morada
Que de Bretaña el príncipe,
Y su consorte amada
Ha poco tiempo animan
Con su presencia real.

Tras agitado día
De recepción y ruido,
Y espléndido banquete,
El príncipe abstraido,
La soledad buscaba
De goces manantial.

Allí, junto á la bella
Mujer que adora su alma,
De su oprimido pecho
Las ansiedades calma;
Las dudas, las congojas
Disípanse también;

Y en el celeste acento
De la mujer querida
Arrullo misterioso,
Bálsamo de la vida,
Encuentra, y en sus brazos,
El anhelado Edén.

Leves, como el suspiro
Que exhalan los amores,
Dulces, cual de la noche
Los lánguidos rumores,
Las horas se deslizan,
Exentas de dolor.

Las doce en la alta torre
El péndulo marcaba,
Y la pareja augusta
El sitio abandonaba,
Testigo de los íntimos
Secretos de su amor.

De brazos á una almena
Dulcemente apoyados,
Los campos contemplaron,
Risueños, perfumados,
Alfombras de verdura
De régia esplendidez.

Bañados por los rayos
De luna macilenta,
Que apenas de la noche
La oscuridad ahuyenta,
Suave, temblante, pálida,
Fantástica talvez.

Involuntariamente
Francisca se extremece,
Á la emoción cediendo
Su rostro palidece
Y sobre Jil se apoya
Desfallecida ya:

En el opuesto extremo
Del puente levadizo,
Allí, do la colina
Con indecible hechizo,
Su cima abovedando,
Á redondearse va;

Donde hacia el terso lago
En rápida pendiente
Cual si besar quisiera
Su linfa transparente,
De flores coronada
Desciende con amor;

Allí, do los arbustos
Confunden su ramaje,
Como azulado velo
De peregrino encaje
Se alzaba misterioso
Suavísimo vapor.

Entre aromadas flores
La brisa se dormía,
Y á uno ni otro lado
Entonces lo impelía;
Antes subía, recto,
Del cielo á la región;

Tan suave y delicado
Lijero y transparente,
Que al través de sus ondas
Se vía claramente
Los rayos de la luna
Bañando su extensión.

Tendió su blanca mano
De artística belleza,
Mostrándolo á su esposo,
La tímida princesa,
Y ¿qué es eso? pregunta
Con desmayada voz.

De algún pastor el fuego,
Responde Jil turbado,
Que en la serena noche
Descansa al despoblado....
Y hacia el extraño objeto
Tornárase veloz.

Ni la más débil llama
En medio se agitaba;
Y lo que un humo leve
El príncipe juzgaba
Como columna móvil
Subir al cielo ve.

Entonces de la nube
Se destacó, sombría,
Una figura blanca
Que lenta se movía,
Envuelta en un sudario
De la cabeza al pie.

El humo, raro á veces,
Haciéndose más denso,
Las ávidas miradas
Quedaban en suspenso,
Sumida la fantasma
En negra oscuridad.

Mas de nuevo cobrando
Su transparencia pura,
Del tenebroso espectro
Surgía la figura,
Las almas oprimiendo
De horror y de ansiedad.

Francisca, cual se dobla
La flor desfallecida
En tempestuosa tarde,
Del ábrego batida,
Descolorida, trémula,
Sentíase morir.

Y Jil, contra su pecho
Teniéndola estrechada,
En la visión fantástica
Concentra su mirada,
Que su turbado espíritu
No acierta á definir.

Hé aquí que en ese instante
Del blanco espectro al lado,
Otro fantasma vieron
Pequeño y delicado
Tras de la nube diáfana
Súbito aparecer;

I aunque su faz esconde
Bajo sombrío manto,
En sus graciosas formas
De incomparable encanto,
La mente adivinaba
Bellísima mujer.

Abrió el espectro pálido
Los descarnados brazos;
Atrájolo á su seno
Con férvidos abrazos,
Y en el profundo abismo
Con él despareció.

Y la encantada nube,
En fugitivo vuelo,
Flotando misteriosa
Por el azul del cielo
Al beso de la noche
Sutil se evaporó.

¡No hay que dudarlo! exclama
Turbada la princesa,
¡Aquella voz siniestra
Que de cundir no cesa
No era una vana historia,
Una ilusión falaz!...

¡Este lugar, Jil mío,
Del cielo está maldito!
¡Los muertos abandonan
Su lecho de granito!....
¡Ah! ni aún la misma muerte
Aquí reposa en paz!....

Las lúgubres visiones
Que hoy hemos contemplado
Desgracia nos presagian!....
Cálmate, dueño amado,
¡Indigno de tu espíritu
Ese recelo fué!

Lo que angustiada viste,
Lo que tu mente aterra,
Una sencilla causa
En su misterio encierra,
Y para descifrarla
La luz no aguardaré.

Bajemos, en tu cámara
Espera mi regreso;
Y, Jil, sobre su frente
Sellando tierno beso,
Con ella la escalera
Rápido descendió.

Entró en su regia estancia
La joven, obediente,
Y el príncipe, cerrando
La puerta dulcemente,
Con presurosos pasos
Al punto se alejó.

En la primera torre
Al rudo centinela
Que de facción, atento
En aquel sitio vela,
—¿Qué has visto en la colina?
Se acerca á preguntar.

—Dios de mentir me guarde,
Temido, señor mío,
Respóndele el soldado,
Mirándolo sombrío,
Con descompuesto rostro
Y acento singular.

He visto de la patria
Al enemigo fiero,
Blandir sobre mi frente
Amenazante acero,
Impávido, y exento
De miedo el corazón;

¡Mas tiemblo, cual la rama
Que el vendabal agita
Al recordar, tan sólo,
La aparición maldita
Que há poco en la colina
Fijaba mi atención!...

¡Ah!...¡bien mis camaradas
Contábanme la historia!...
El infame *Prelátí*,
De execrable memoria,
El monstruo, que, á los niños
Mataba sin rubor;

Y, con su cuerpecito
En brasa convertido
El oro fabricaba;
El que, jamás ha sido
Sepultado en la tierra
Bendita del Señor;

Todas las noches vuelve.
Y cuando un ser viviente
Se llega á su sepulcro,
Lo toma rudamente,
Entre sus largos brazos
Oprímelo tenaz;

Y sin que logre el mísero
Del monstruo que lo acosa
Soltarse, despiadado
Lo arrastra hasta la fosa,
¡Y nadie entre los vivos
Vuelve á mirar su faz!...

—¡Necios, absurdos cuentos!
El príncipe replica,
¡Ficciones, con que el vulgo
Su miedo justifica!
¡No tiembla así un soldado!...
Y el paso apresuró.

Las salas atraviesa,
La extensa galería,
De cada centinela
Reconocer se hacía
Y en el suntuoso pórtico
En breve se encontró.

Á su mandato dócil
Levántase el rastrillo;
Cruzó lijero el puente,
Abandonó el castillo,
Y al fin de la colina
Ganó la soledad.

Todo en quietud yacía:
La yerba, el viento, el ave,
Y la callada luna,
Vertiendo su luz grave,
Daba al paisaje agreste
Solemne majestad.

Aunque insensible al miedo,
El príncipe sentía
Que una emoción extraña
El pecho le oprimía,
Buscando del misterio
La oscura solución.

¡Ah! de la tumba helada
El tenebroso arcano
Tremendo, impenetrable,
Al descorrer la mano,
Al alma sobrecoge
Profunda turbación!

El sitio donde ha visto
La nube vaporosa,
Y los dos personajes
De forma misteriosa,
Parándose á lo lejos
Procura descubrir;

Y, dirigiendo rápido
Sus pasos de ese lado,
Llegó al lugar do el humo
Se había levantado,
Mas...ni el más leve indicio
De fuego vió lucir...

Buscó, en redor girando
Sus penetrantes ojos;
Con febriciente mano
Aparta los abrojos;
Pero...el terreno, unido,
Ningún indicio da.

¿Dónde el secreto esconde
La tierra sigilosa
De aquel abismo lúgubre,
De aquella abierta fosa,
Do los espectros viera,
Sumirse poco há?

¡Nada!...asombrado, loco,
Registra todavía;
Mas, no encontrando aquello
Que descubrir ansía,
De nuevo hacia el castillo
Le es fuerza regresar.

Llamó: las anchas puertas
Le dieron libre entrada,
Y el príncipe, pensando
En su Francisca amada,
Y el medio de calmarla,
Se puso á meditar.

¡Ah! también en su espíritu
La idea germinaba...
¡Supersticiosa idea,
Donde su esposa hallaba
Un manantial de lágrimas,
De dudas, de aflicción!...

¡Cómo acallar, Dios mío,
Su agitación profunda!
¡Cómo secar el lloro
Que su mejilla inunda!
Ah! quién dará á sus labios
La dulce persuación!...

Así avanzando, en tanto,
Jil alcanzado había
Desalentado é incierto,
La vasta galería,
Que, hasta su regia cámara
Fácil acceso da:

El rumor de unos pasos
Escucha sorprendido,
Pasos furtivos;...leves, ...
De alguien que sin ruido,
Delante de él marchando
Precipitado va. . . .

Por descubrir su origen
Los suyos apresura;
¡En vano!...de la noche
Entre la sombra oscura
Sus ojos sólo hallaron
Profunda lobreguez!...

¿Quién está ahí? tres veces
Pregunta en voz vibrante,
Y nadie le responde....
Los pasos un instante
Oyéronse, ¡el silencio
Sólo quedó esta vez!....

Y de luchar cansado,
De caminar rendido,
Entró en sus aposentos
El príncipe, abatido,
Donde velaba inquieto
El ángel de su amor.

La aurora despuntaba
Iluminando el cielo
Con los rosados tintes
De su flotante velo;
Y en la enramada umbría
Cantaba el ruiseñor.

LA TEMPESTAD

Eran de Otoño los postreros días,
Cuando natura su pomposo manto
Emblema de esperanzas, de alegrías,
Por otro trueca de aridez y llanto,
Cuando al pisar de nuevo las sombrías
Selvas, donde aspiramos goce tanto,
Sus blandas hojas de verdor cubiertas
Hollamos ¡ay! desfallecidas, muertas.

Era el Otoño cuando opaca brilla
Trémula nube en el cristal del cielo,
Y del arroyo en la musgosa orilla
Exhala el ave su cantar de duelo.
Cuando la flor abátese sencilla
De niebla envuelta en el opaco velo,
Y la luz, y la vida y los amores
Lanzan agonizantes resplandores.

El sol su hermoso disco refulgente
Bajo cobrizas nubes sepultaba;
Y en ellas, de su luz viva y ardiente
El fuego abrasador se derramaba.
Tan caloroso y denso era el ambiente,
Que con esfuerzo el pecho lo aspiraba....
Llegó la noche; mas su sombra oscura
Á la tierra no trajo la frescura.

Turbado el labrador miraba el cielo
Que próxima tormenta presagiaba,
Y sus rebaños con tenaz desvelo
En redor apiñados contemplaba.
Sus balidos expresan desconsuelo,
La súplica en sus ojos se pintaba,
Y presuroso, con afán prolijo
Blando abrigo les diera en el cortijo.

Era ya tiempo: amenazante trueno
Conmueve el antro con su voz sonora,
Y de las nubes el hinchado seno
La llama del relámpago colora;
El sol, de vida y de fulgores lleno,
Con moribunda luz los cielos dora,
Y lánguido, al sumirse en Occidente,
Vencida inclina su orgullosa frente.

La noche no calmara la tormenta,
Antes, á cada hora que desliza,
El trueno sus rugidos acrecienta,
Y á sus ecos el alma martiriza;
Á medida que horrísono revienta,
Se ve, lanzando claridad rojiza,
De fúlgidos relámpagos el fuego
Romper las nubes, y abrasarlas luego.

Ya desbordado, la colina inunda
El claro lago que sus campos riega,
Y, cual las olas de la mar profunda,
Cuando á los cielos desafía ciega,
Hinchada, enbravecida, furibunda,
Su turbia onda hasta el castillo llega,
Azotando convulsa la muralla,
Do el viento ruge, donde el trueno estalla.

El buho, la lechuza y el mochuelo,
Del viejo torrëon habitadores,
Sin rumbo tienden el pesado vuelo
Otros techos buscando protectores,
Y sus gemidos lúgubres de duelo
De la noche duplican los horrores;
Su ingrata voz mezclándose violenta
Al hórrido gemir de la tormenta.

¿Quién en aquel desorden buscaría
El perdido dulcísimo reposo?
El príncipe anhelante se acogía
De la princesa al lado, y, cuidadoso,
Con élla la aflicción compadecía
Del viajero infeliz que en bosque umbroso
Se ve por la tormenta sorprendido,
Lejos del techo de su hogar querido.

Ursula de Goyón, la *Celadora*
De las damas de honor, también velaba,
Y al Dios, que las piedades atesora,
Los santos y los ángeles oraba.
Que el rayo cese fervorosa implora;
Pero él aún más tronante resonaba,
Y al contemplar del cielo los enojos
El sueño huye de sus tristes ojos.

En las jóvenes piensa, á su desvelo
Por la augusta princesa confiadas,
Y, en el impulso de su ardiente celo
Dirigiendo hacia ellas sus pisadas,
Las vió, que con profundo desconsuelo
Una plegaria alzaban desoladas
Á la que es del mortal en la amargura
Celeste faro de esperanza pura.

Unió su voz á la oración ferviente;
Mas, continuando su nocturna ronda,
Piensa en aquella, á quien dejó doliente,
Y, opresa el alma de tristeza honda;
Á su estancia dirígese impaciente,
La puerta empuja....las tinieblas sonda....
Y su linterna, que de luz la inunda,
¡Sólo alumbró la soledad profunda!.....

Sorprendida esta vez en torno mira:
No es ilusión! la estancia está desierta....
Llama.... á su voz do la emoción transpira,
Ni el rumor mas lijero se despierta....
¿Dónde Armella se encuentra?... ah! Dios me inspira¡
Sin duda en la capilla...abre la puerta,
Y hacia el santuario se marchó lijera,
Donde, de hinojos, encontrarla espera.

¡Es tan piadosa, tan sensible y buena!
En estas horas de tormenta ruda
Del infelice la aflicción la apena,
Y para él pide celestial ayuda.
Así diciendo, de confianza llena
En la capilla al penetrar, no duda
Ursula, sus terrores disipados,
Mirar desvanecidos sus cuidados.

Mas, del recinto augusto y solitario
La quietud más profunda le revela
La lámpara que brilla ante el santuario.
La *Celadora*, aunque el pavor la hiela,
Los pilares recorre en giro vario,
De nada en ese instante se recela,
¡Ah!...todo su desvelo fuera vano:
¡La joven no está allí! ¡Dios soberano!...

¡Armella! grita del lugar sagrado
La presencia olvidando en ese instante,
Y el trueno, en los espacios desatado,
Le responde con voz amenazante.
Entonces, su martirio redoblado,
Ofúscase su mente, y delirante,
Al fiel Conserje del castillo llama,
Su mal le cuenta, su favor reclama.

Humfrido—así el Conserje se nombraba—
Temeroso la escucha, y sorprendido:
Y con él, que su paso acompañaba,
El castillo de un vuelo ha recorrido.
¡Ay! ¡Armella, la niña que adoraba,
Á quien en su ternura ha preferido,
Entre sus compañeras la más bella,
¡Decid, cielos, decid! ¿dónde está Armella?

Y mientras infeliz se lamentaba
La tempestad en su furor acrece;
La antorcha que sus pasos alumbraba
Al brillo de los rayos palidece;
El cedro centenario se doblaba,
Que el aquilón enloquecido mece,
Y Ursula, siempre fijo el pensamiento,
Ni el trueno escucha ni el rugir del viento.

¿En dónde puede estar? ha repetido,
Ella, tímida siempre y vacilante?
¿En dónde puede estar? Decidme, Humfrido,
¿Notasteis por ventura en su semblante
Cierto aire de tristeza difundido,
Que temor me inspiraba á cada instante?...
¡Oh! respondió el anciano, ciertamente,
Y extraña palidez miré en su frente.

¡Cuántas veces á solas la veía
Distraida, suspensa, ó arrobada,
Fijando de la turba en la alegría
Su tierna y melancólica mirada!
Ahora ...buscando en la memoria mía,
Recuerdo que una noche ya avanzada,
En la gran galería la he encontrado,
Caminando con paso acelerado....

¡Oh! Salvador Jesús! Ursula exclama,
Humfrido, ¡qué decís! ¿Sería cierto?
¿Ella, de Beaumanoir la noble dama,
Sola en la noche?...¡recorrer desierto
El castillo, sin miedo de su fama!.....
¡Burlar mi vigilancia!...yo no acierto
Este enigma á explicar ¡Humfrido, Humfrido!
Una ilusión de vuestra mente ha sido!.....

Á nadie sino á vos, noble señora,
De este suceso la verdad contara;
De las damas de honor sois *Celadora*,
Y mi deber por eso os lo declara:
Sí; no hace mucho tiempo que á deshora
Envuelta en negro velo la encontrara
En la gran galería...sí, era ella:
Su marcha leve, su apostura bella.

¡Oh! basta ya, exclamó la *Celadora*,
Demudada la faz, la voz llorosa
Debo cumplir mi obligación ahora,
Ya que evitar el mal no es fácil cosa.
Humfrido, dirigíos sin demora,
Á pesar de esta noche rigurosa,
Y al caballero que en el puente vela
Mas, tan raro suceso no recela;

Id, y decidle de la parte mía,
Ordenadle del príncipe en el nombre,
Que á nadie deje entrar antes del día—
Aunque este paso inusitado asombre—
Sin antes registrarlo ¡qué agonía!...
Bajo el disfraz de un niño ó el de un hombre
Acaso diestramente ha conseguido
Su figura ocultar; pues ha salido.....

Y sin embargo al són del cubre-fuego
Armella se encontraba en su aposento;
El puente levadizo alzóse luego;
Los rastrillos bajáronse al momento;
Al soborno insensibles, como al ruego,
Comprar las centinelas fuera intento
Loco, y si un sólo caso se encontrara,
La ronda en breve su traición burlara.

¡Id, Humfrido, volad!...Partió el anciano,
Dócil á aquella voz de angustias llena,
Como parte el doncel, ágil, lozano,
Cuando el acento maternal ordena.
Doraba el rayo el torrëon lejano,
Rugía el viento en la sombría almena
Y Humfrido en las tinieblas avanzaba,
En pos del caballero á quien buscaba.

Ursula sola, al trueno no temía,
Ni á la vívida luz de la centella,
¡Ay! que una amarga idea la absorvía
Dejando en su alma abrasadora huella;
Y juntando las manos repetía:
¡Oh, Salvador Jesús! ¡qué dirán de ella!
¡La que tan noble y distinguida era
Su alto lustre empañar de esta manera!...

¡Ah! ¿qué responderé á su dolorida
Madre, que al entregármela en su llanto,
Con élla, dijo, llévaste mi vida,
Mas...va contigo...y cesa mi quebranto.
¡Vela sus pasos! ¡sírvela de egida,
Y yo lo prometía!...¡cielo santo!
¿Por qué así en su virtud he descansado,
Y sus pasos inquieta no he velado?....

El oficial á quien buscara Humfrido,
Presuroso llegaba en ese instante,
Y á Ursula escuchando sorprendido,
Con juramento afirma, terminante,
Que nadie del alcázar ha salido
Desde que la campana el són vibrante
Dejara oir, que la maniobra ordena,
Y á silencio y quietud todo condena.

Para lograr romper esa clausura,
Continuó el oficial, fuera preciso,
Como cada soldado lo asegura,
Ser Tifania, la Anguila, que, á un hechizo
Escapa á todo; salva la espesura
De la muralla, surge del pajizo
Techo, ó tras de las rejas, hiende el aire,
Ó en las aguas camina con donaire.

Era ella, me lo han asegurado,
La que esta noche tormentosa, oscura,
Bajar por la colina han divisado
Á la luz que el relámpago fulgura;
Y allá, en el cementerio retirado,
Que al más bravo mortal causa pavura,
Los cielos y la tierra desafiando,
Con los muertos se estaba conversando.

—¡Una mujer han visto!... Dios del cielo!
Dice la anciana, con lloroso acento,
¡Armella debió ser!...la noche...el hielo...
La tempestad... el arreciar del viento
La impidieron llegar!...hay desconsuelo?...
—¿Noble dama, ¡olvidais por el momento
Que al bajar de los puentes el rastrillo
La señorita estaba en el castillo?

Pues bien, señora, afirmo con mi vida
Que desde aquel instante por el puente,
A no ser una hormiga, la salida
Encontrar no ha podido ser viviente.
Registremos aún, no está perdida
Toda esperanza, y á Ursula, impaciente,
En tanto que el alcázar recorrían,
El oficial y Humfrido la seguían.

¡Todo fué vano, todo! ni el más leve
Indicio de su paso en torno asoma!...
¿A dó tendió sus alas de oro y nieve
La hechicera dulcísima paloma?
Presa talvez del gavilán aleve
Sus restos yacen en la oscura loma...
¡Talvez, cegada en su ilusión, Armella
Corría en pos de la amorosa huella!....

Ah! mientras más medito, más me abismo,
Dijo abatida, al fin la *Celadora*,
—Teneis razón, sucédenos lo mismo
Á nosotros también, noble señora;
Mas á Humfrido que sabe el mecanismo
Del castillo, una duda lo devora,
Y aunque su labio por decirlo estalla
Lëal, cual siempre, su sospecha calla.

Lució por fin la luz del nuevo día:
Entre pardos vapores despuntaba
El sol, y sus destellos difundía,
Y destrozo y horror sólo alumbraba.
Los campos sin verdor ni lozanía,
Los árboles, que el viento desgarraba,
Los unos, de raíces arrancados,
Los otros, por el suelo en dos tronchados,

En la pradera, centro deleitoso
De los arrullos plácidos del ave
La avenida imprimió su rastro odioso,
El sendero poco há mullido, suave
Convirtiera la lluvia en hondo foso
Donde la planta deslizar no sabe;
Y del lago las aguas altaneras
Azotan, y amarillas, sus riberas.

Los príncipes en tanto el lecho blando
Y su dulce reposo abandonaban;
Y la ilusión su frente iluminando,
Al nuevo sol risueños saludaban.
Tal sus plateadas olas contemplando
Do los claros luceros reflejaban,
El mar no advierte la traidora nube
Que al cielo azul del horizonte sube.

A la primer señal Ursula osa
En la cámara real buscar cabida,
I entre llanto y suspiros, congojosa
Cuenta de Armella la fatal salida.
Grande era su emoción; la temblorosa
Voz, muestra el alma de dolor partida,
Mas ¡ay! que de Francisca eran mayores
La ansiedad, la sorpresa, y los temores.

¡No es posible! decía en su alma pura
Ni el doblez ni el engaño se abrigaba,
¡Ah! Vos sabeis, Señor, con qué ternura
Con cuánta fe mi corazón la amaba!
Y cómo de su rostro la tristura,
La intensa palidez me interesaba!...
Todo su honor y su virtud desmiente;
Pero Armella, estoy cierta, ¡es inocente!

Que desde el subterráneo á la alta torre
Este castillo registrado sea
¡Mandad, señor, mandad! el tiempo corre...
Acaso algún peligro lo rodea!....
¡Talvez mientra el misterio se descorre
En inmensa aflicción élla se vea!
El príncipe ordenó, y, á toda prisa,
Del alcázar comienza la pesquisa.

Cuando la visteis por la vez postrera,
¿Recordais dónde estaba?—En su aposento,
Señora, y en su lecho, respondiera
La *Celadora*, con seguro acento.
—Estaba sola?—Sí, yo la dijera:
Para esta noche tempestad presiento,
Y en sus pálidos labios indecisa
Ví vagar una lánguida sonrisa.

¡Tanto mejor! me replicó, ¡yo adoro
La tempestad, y su capuz de duelo!
¡Del ronco trueno el retumbar sonoro,
Y el brillo del relámpago que el velo
Sombrío esmalta con reflejos de oro!
Mas.....¡no debiera amarla! ¡santo cielo!
Yo estoy aquí á cubierto...pero...en tanto...
Y su rostro ocultó, bañado en llanto.

¡Presto, Ursula, presto, sí, corramos
Su estancia á visitar! ella era instruida,
Según me lo habeis dicho, ¿qué aguardamos?
Acaso en un billete su partida
Explique, y el enigma descubramos.....
—Sereis en el instante obedecida,
Dijo la *Celadora* con voz grave,
Aquí de su aposento está la llave.

Y con ella cruzando presurosa
Las vastas salas, la ancha galería,
Y rápida trepando la tortuosa
Escalera, llegó á la Enfermería,
Y por fin á la alcoba silenciosa
En donde ayer la joven se dormía,
De inocencia y de paz hogar tranquilo
Y hoy del misterio abrumador asilo.

La *Celadora*, aunque su paso aviva,
De Francisca ha seguido jadëante
La marcha inquieta, juvenil, activa,
Á su impaciencia sólo semejante;
Ya á la puerta, su mano convulsiva
La llave aplica, y, en el mismo instante,
Hacia un lado desviándose con maña
Dió paso á la princesa de Bretaña.

Entonces un perfume extraño y fuerte
Igual talvez al que el enebro exhala
Quemado junto al lecho de la muerte,
Las sorprende. . . . al extremo de la sala
Ráfaga suave un braserillo vierte.....
Húmedo manto hacia el tapiz resbala.....
Y sobre el lecho Armella aparecía
¡Pálida, inmóvil, extendida, fría!.....

¡Muerta!...exclamó Francisca.—Nó, señora,
Dijo, su mano en el nevado pecho
De la niña al posar, la *Celadora*,
¡Aún late todavía! mas...¿qué ha hecho
Para encontrarse aquí? ¡cómo! ¡á qué hora
Ha podido llegar hasta su lecho!
Á las cuatro esta puerta yo he cerrado,
Y la llave de mí no se ha apartado.

—No hablemos de eso aún...id ¡diligente
¡Un sacerdote!... un *físico* al instante
Llamad!...y en su regazo dulcemente
Francisca la cabeza agonizante
De la joven reclina, su alba frente
Besando conmovida palpitante,
Como á la prenda de su amor más cara
Una afligida madre acariciara.

Cual en aquestos casos acontece
Súbito por los aires difundido
El ruido corre... la ansiedad acrece.....
De un inmenso concurso ya invadido
El estrecho aposento á poco vese,
Escúchase do quier sordo gemido
Mas, Ursula prudente y cautelosa,
Las jóvenes retira cuidadosa.

Un instante después en el mullido
Y calentado lecho descansaba
La desdichada niña, y su aterido
Cuerpo, el calor, la vida recobraba.
Sobre su corazón, humedecido,
Albo lienzo constante se fijaba,
Y una mano en su sien nevada y pura
Rojo licor frotaba con dulzura.

Triunfó la ciencia al fin: abrió los ojos,
Y del raro concurso sorprendida,
Con sonrisa que al alma daba enojos
Dijo, y con voz extraña y conmovida:
«¡Ah! ya no le temeis!....tras los abrojos
Venis á ver su faz descolorida!.....
¡Pobre Haroldo!...á ninguno da la muerte;
Bajo el sudario todavía fuerte.

Late su corazón!... mas... de repente...
Paseando en torno su mirada incierta,
Y sus manos llevando hacia su frente
Y á sus ojos, como alguien que despierta,
Y mirando, y tocando vivamente
Las cortinas del lecho.... blanca....yerta...
Exclamara, con voz desgarradora
De un inmenso dolor reveladora:

¡Ah! Ya no estoy en el sepulcro frío
Donde la voz del muerto me convida!
¡Dejé el asilo del dolor, sombrío!....
¡He vuelto á la morada de la vida!....
¡Desdichada de mí!.... ¡piedad, Dios mío!...
He hablado ¡no hay remedio! estoy perdida!
Y sus brazos violenta retorcía
De desesperación en la agonía.

LA CALUMNIA

Sombrío el castillo está
Ayer mansión de contento:
Un amargo pensamiento
Las almas sumiendo va
En indecible tormento.

Un solo nombre doquiera
Por cada labio vagaba
Que Armella, Armella, dijera;
Y el eco lo dilataba
Cual plegaria lastimera.

Los príncipes de Bretaña
Con el alma dolorida
Ante esa desdicha extraña
Que hondos misterios entraña,
Doblan su frente abatida.

Según la costumbre usada
En aquel tiempo lejano,
Armella les fué confiada,
Para que bajo su mano
De honor se viera colmada.

Y su atractiva belleza
Y las gracias de su porte
Rëalzaran la grandeza
De su casa, y la nobleza,
En aquella augusta corte.

¡Y era el nombre enaltecido
De Beaumanoir, que yacía
En la ingominia sumido
Y hasta el polvo descendido
Á la vergüenza se unía!

¡Ah! la virginal pureza
Es en la cándida frente
Cristal de frágil belleza,
Lago de tersa limpieza
Que mancha alguna consiente.

Y esa joven noble, hermosa,
Que así la atención fijaba,
Que la calumnia empañaba
Con su lengua venenosa,
A los suyos deshonraba.

Nadie alcanza á comprender
¡Cómo violar ha podido
Honor, recato, deber,
Cuanto hay de santo y querido
En un alma de mujer!

Nadie con la causa atina
De su ausencia misteriosa,
De su vuelta repentina,
Y la malicia combina
Vaga historia tenebrosa.

En la sala de labor,
Por Ursula confinadas,
Se hallan las damas de honor,
Del suceso aterrador
Vivamente preocupadas.

Una á la otra decía:
Há tiempo que Armella estaba
Mustia, que el placer huía,
Nada en redor explicaba
Su negra melancolía.

Y, por penetrar su historia
En densas sombras velada,
De la amiga desgraciada
Evocan en la memoria
Ya una acción, ya una mirada.

Mas de Armella hasta aquel día
Tan grande el sigilo fué,
Que ninguna conseguía
Algo hallar en su porfía
Que luz al misterio dé.

Más de un galán caballero
Curioso el secreto indaga,
Entre conjeturas vaga....
Ya la condena severo....
Ya llora su suerte aciaga.

Y algunos, que esposos son,
De los padres desolados
Compadecen la aflicción....
¡Ancianos dignos, honrados,
Que la amaban con pasión!....

Si en populosa ciudad
De una nueva por las calles
Con rara celeridad
Los más fútiles detalles
Se analizan sin piedad;

Con cuánta mayor razón
Cundió en el recinto estrecho
De esa apartada mansión
Con viva exageración
El relato de aquel hecho!

La frase oscura que Armella
En su dolor pronunciara
Des que á la vida tornara
Cuando en su estancia, y con ella
A la Princesa mirara;

Pasando de boca en boca
Desfigurado el sentido,
De nadie bien comprendido,
Si en unos piedad provoca
Con horror se ha proferido.

Es una impía, una maga,
Dicen, en falta cojida!.....
Con los muertos confundida
Por el cementerio vaga!.....
¡Está al demonio vendida!.....

Cuando el Padre Capellán
Á su lecho se acercó,
Cual mármol, blanca quedó,
Y, sin dominar su afán,
En convulsiones cayó.

¿Qué extraño que haya escapado
Merced á infernal conjuro,
Y luego en su alcoba entrado
Salvando el espeso muro
Envuelta en denso nublado?

Y su nombre que imprimía
Imágenes de candor
A la mente, y con amor
En la aurora de aquel día
Se escuchaba en derredor,

Cuando la luz declinaba
Y la noche desplegaba
De sombras luctuoso velo,
¡El labio lo pronunciaba
Con espanto y con recelo!

Tal es la humana justicia;
Pero hay otra allá en la altura
Que al través de niebla impura
O de insensata malicia
Penetra en la criatura:

Es en su seno, es á élla
Á quien su causa confía
La desconsolada Armella,
Y entre sus lágrimas bella
Esperanza sonreía.

Mas ¡ay! el Juez Soberano
Incorruptible y profundo
Que ve en el tiempo lejano,
Y pesa con recta mano
Todas las obras del mundo;

El Rey de la eternidad,
Talvez aquella hora espera
Para mostrar la verdad,
La inocencia y la bondad
Que el mundo desconociera.

¿Pero en tanto el nombre honrado
De Beaumanoir ha de ser
Al oprobio condenado.
De los hombres á placer
Maldecido y despreciado?

Desde el palacio á la choza
Con súbita rapidez
Circuló la nueva odiosa;
Turbado el pueblo á su vez
Venganza pide, ruidosa.

Y esa mujer que veía
Desde la torre el soldado,
Que al cementerio venía,
Y, con huesos avivado,
Impuro fuego encendía;

A cuyo imperioso acento
La tumba alzaba su losa,
Y, amarillo, macilento,
Hórrido espectro al momento
Brotaba la húmeda fosa;

La que ardiente se acogía
A sus descarnados brazos,
Con él estrechando impía
De amor sacrílegos lazos.
La que en la tumba dormía;

Esa mujer... ¡tiene un nombre!...
En gracia y candor descuella,
¡Es joven, brillante, bella!
Y (aunque la tierra se asombre)
Esa mujer... es... ¡Armella!...

¡Cómo acallar el rüido
Del pueblo que airado grita,
Y en multitud infinita
Esa palabra maldita
De.... ¡magía!.... ha proferido!

El ministro del Señor
El sacrilegio escuchaba
Consternado de dolor,
Y á lidiar se preparaba
En pró de su santo honor.

De Chantocé el digno cura
Al castillo se encamina.
Su talle en vigor declina,
Mas en su frente fulgura
Rayo de bondad divina.

Irritada multitud
De mujeres, lo seguía
Que, en roncas voces, decía,
Sin piedad y sin virtud:
—«Maldición!... ¡muera la impía!...

No haya tregua ni perdón!
Nó, que la culpable sea
Juzgada sin dilación!
Que al punto alzada se vea
La hoguera de expiación!...»

—«Una *culpable* dijiste?
El anciano replicó
Con voz temblorosa y triste,
Sólo una *acusada* existe
Para mí, *culpable*, nó!»

A este acento de clemencia
Algunas, con ceño airado,
Replicaron con vehemencia:
«¡Oh, qué fría indiferencia!
¡El celo le ha abandonado!...

Será preciso avisar
Al Obispo diocesano,
¡Aquél sabrá castigar!
Nuestro Rector, ya es anciano,
Sólo sabe perdonar!...»

Vió al ministro venerable
El príncipe, conmovido;
Presto á su encuentro ha salido,
Exclamando enternecido
Con acento lamentable:

—«¿Venís padre, dulce y pío
De misericordia á hablar?
¡Há tiempo que en torno mío
De *justicia* el nombre frío
Sólo escucho pronunciar!

¡Ay! en verdad que el postrero
De mis vasallos es hoy
Más feliz que yo lo soy,
Des que el fallo justiciero
Para pronunciar estoy.

—¡Oh, cuán dura! ¡cuán pesada
Es del supremo poder
La noble, gloriosa espada,
Si ha de verse levantada
Contra una débil mujer!

Padre, rogad por Armella:
Que el santo arrepentimiento,
La resignación, en ella
Borren del crimen la huella,
Mitigando su tormento.

Y por nosotros rogad:
Que Dios guíe nuestra mano
En tan densa oscuridad,
Del juez nos dé la equidad,
La clemencia del cristiano.»

—El Espíritu Divino,
Príncipe, será con vos,
Dijo el ministro de Dios,
Él os mostrará el camino
Que va de la ciencia en pos.

Aquél á quien sirvo, dice:
Si sois misericordioso
Con vuestro hermano infelice,
Dios en su seno amoroso
Os acoge y os bendice.

A los hombre de alma pura
Y de recta voluntad,
La soberana Verdad
Envía desde la altura
Luz de intensa claridad.

Es el noble corazón,
Dó la tierna compasión
Su sello adorable imprime,
Espectáculo sublime,
Que alegra la creación.

Tabernáculo sagrado,
Que los cielos atesora,
El más puro y más preciado,
Donde el Eterno ha fijado
Su mansión consoladora.

Luego el anciano añadiera:
—Servíos, Príncipe, hacer
Que allí, dó su juicio espera,
A Armella por vez postrera
Contemple en su padecer.

Jueces le dareis en breve,
Con inflexible rigor;
Que hoy vuestra mano le lleve,
Pues su destino os conmueve,
De un padre el piadoso amor.

—Sea, el príncipe responde,
Y la enmohecida puerta
De la prisión, fuele abierta,
Lóbrega, fría, desierta,
Que á la desgraciada esconde.

Y Armella vió entre su llanto,
Con inefable consuelo
No era su infortunio tanto.
Pues le deparaba el cielo
Un apoyo en su quebranto.

PREPARATIVOS DE JUICIO

Desde el risueño aposento
Con fino gusto alhajado
Do, entre cortinas, el viento
Deslizando embalsamado,
Llevábale el perfume de las flores,
De las aves los cánticos de amores;

Donde, á solas, sin testigo,
Lejos del mundo traidor,
Como sobre un seno amigo,
Exhalaba su dolor;
Y en sus noches de insomnio, herida el alma,
De soledad gustó la ansiada calma;

Armella fué conducida
Á una lúgubre prisión,
Y en abandono sumida,
Cual rama que el aquilón
Del verde tallo despiadado troncha,
Cual perla oculta en ignorada concha.

Severa es la vestidura
Que cubre el talle agraciado
De peregrina hermosura
Ayer en sedas velado;
Mientras sus manos de jazmín y rosas
Oprimen ¡ay! cadenas dolorosas.

Sí; que un destino implacable
Á la humanidad condena,
Ya inocente ó ya culpable,
Á sufrir la misma pena!
¡Su libertad perdida el hombre llora
Cuando una voz lo nombra, acusadora!

¡Mísera justicia humana!
¡Ah! sin la antorcha divina
Que los abismos allana,
Entre tinieblas camina;
Y tras el crimen al lanzarse ansiosa,
Su torpe mano en la inocencia posa!...

En aquel siglo de fe
El alma ingenua creía
Cuanto revelado fué
Por el Dios que al orbe guía.
Helada duda no ofuscó la mente,
Ni cegó de verdad la noble fuente.

¿Y aquella fe no revela
Que el Dios que premia y perdona,
Y al infelice consuela,
Y al resignado corona,
En sus secretos fines ha querido
Fuese el hombre tentado y combatido?

¿No cuenta el texto inmortal
Que, en su implacable furor,
El espíritu del mal
De los hombres en redor
Airado gira, como león rugiente,
Su víctima acechando eternamente?

Cuando Jesús de la tierra
Cruzó en caridad bañado,
El mar, que la mente aterra,
La ciudad, el monte, el prado,
Y á su acento las almas convertía,
Y natura sumisa obedecía;

¡Ah! no le vimos piadoso
Del *poseído* el furor
Trocar en blando reposo,
En agradecido amor,
Mientras Satán, atónito de espanto,
Rodaba al cáos del eterno llanto?

Seres suele el mundo ver
Que truecan ¡ay! por vil oro
Ó un efímero poder
El más preciado tesoro,
¡Su alma inmortal, para la luz creäda,
Á una gloria celeste destinada!

Y al ángel de los abismos
Llamando, en eco sombrío,
Con oprobio de sí mismos
Consuman un pacto impío, ...
Era entonce aquel hecho, comprobado,
Con la pena del fuego castigado.

¡Y ese suplicio ¡qué horror!
Á la joven aguardaba!
La turba, ebria de furor
Incesante preguntaba:
¿Do la pira fatal se elevaría
Que devorarla sin piedad debía?

Mas no así Gil de Bretaña
Ni su digno tribunal
Contra la infeliz se ensaña:
Procurador, Senescal,
Jueces, con sabia lentitud caminan,
Y salvarla clementes imaginan.

El día estaba fijado:
Aquel salón suntüoso
Do el príncipe acompañado
De la *nobleza*, gozoso,
Luciendo rico, primoroso traje,
Recibió de su pueblo el homenaje:

Aquel recinto brillante
De soberbia majestad,
Donde Armella, deslumbrante
De lujo, gracia y beldad,
Del príncipe en la danza compañera
Bailara al són de música hechicera;

Aquel salón do la mente
Un recuerdo acariciaba
De felicidad reciente,
Que aun la ilusión perfumaba,
Su regia gala y su explendor perdido
En negro tribunal se ha convertido.

¿Do está el trofeo glorioso
Que noble hazaña narrara?
¿Dónde el cuadro luminoso
Que altos héroes bosquejara?
¡Las colgaduras de plateado encaje
Cubre espeso y sombrío cortinaje!

Ya no evoca en la memoria,
De largo siglo al través,
El lienzo inmortal la historia,
Nunca borrada después,
De Beaumanoir, el sin igual guerrero,
Cayendo herido en el combate fiero.

Cuando entre lanzas tronchadas,
Bajo la férrea armadura
Jadeänte, y abrasadas
Sus fauces de sed, apura
Para saciarla, rica y vigorosa,
De sus venas la sangre generosa.

Velado en denso crespón
Vióse aquel cuadro el primero,
Cual si fuese la intención
Ocultar al caballero
De su estirpe gloriosa y encumbrada
La hija infeliz, marchita y deshonrada.

Sobre el cortinaje umbrío,
Que rojiza cruz esmalta
De aspecto grave y sombrío
Un solo objeto resalta:
La imagen de Jesús crucificado
Ante el augusto tribunal fijado.

¡Oh qué confianza no diera
El Cristo allí colocado
Al infelice que espera,
Ser de los hombres juzgado!
Si es inocente, él su conciencia abona,
Si culpable, benigno lo perdona.

Todo su curso seguía;
Mas, cual gusano roedor
Que oculto á la luz del día
En el caliz de la flor
Mientras natura en su belleza adora
Su tallo troncha y su verdor devora;

Aquel príncipe, dechado
De nobleza y de bondad,
Ingenuo afable y confiado,
Armas daba á la maldad:
La negra envidia su poder combate;
Sobre él sus dardos la traición abate.

Y fué el obispo de Angers
Secretamente advertido;
Cree usurpado su poder
Su sacro fuero invadido,
Y á Chantoçe con doble escolta envía
Un emisario, á quien su causa fía.

Era el solemne momento:
Con indecible emoción
La corte tomaba asiento
En el severo salón;
Y un pueblo inmenso estréchase doquiera,
Que á la acusada palpitante espera.

Sobre el levadizo puente
De trompetas el sonido
Ha vibrado lentamente,
Como lúgubre jemido;
Y, en severa actitud, con arrogancia,
Á poco un monje penetró en la estancia.

De su misión explicando
El objeto, comenzaba
Del obispo enumerando
Los derechos que alegaba;
Mas Gil con noble dignidad el curso
Interrumpió al instante á su discurso:

—Reverendo Padre, dice,
Nadie de vuestro Señor
Los derechos contradice . . .
Cedo el mío sin dolor
Hoy que de castigar sólo se trata,
¡Dura misión, que tanto me es ingrata!...

Á estas palabras ordena
Que Armella sea entregada
Á sus jueces, y serena
La faz, firme la mirada,
Con digna voz que su grandeza mide,
Los emisarios rápido despide.

Nada á la sorpresa iguala
Que á la multitud suspende;
Desamparando la sala,
Cual flecha que el aire hiende,
En los patios se agolpa, ardiente y viva,
La salida á esperar de la cautiva.

Una enlutada litera
Junto á la cárcel aguarda
Á la joven prisionera,
Que poco en mostrarse tarda:
Pálida, destrenzado su cabello;
¡Nunca el dolor apareció más bello! . . . .

Y el pueblo que ¡maldición!
Sobre ella gritar ansía,
Sintió que su corazón
De piedad se extremecía
Á vista de la joven desgraciada
Silenciosa, doliente y resignada.

Anhelaba maldecir
De cruel instinto arrastrado,
Y ante ese mudo sufrir,
De compasión ha llorado....
Tal es el hombre: débil y pequeño
¡Ni aún de su propio corazón es dueño!....

EL CARMELITA

Á la hora misma en que la dulce Armella
El alcázar rëal abandonaba,
Víctima triste de fatal destino,
Y sus adioses á la dicha daba;

Tomás Connecto, monje del Carmelo,
Por la primera vez su entrada hacía
En la ciudad, que si olvidada hoy yace,
Fué del Anjou la capital un día.

Mudas quedando sus desiertas calles
Inmenso pueblo en el camino gira,
Por contemplar á aquel, cuya elocuencia
Y acendrada virtud el orbe admira.

Con el pueblo á la par el noble clero
En ciencia rico, de virtudes centro,
Y altos y potentísimos señores,
Volaban presurosos á su encuentro.

Gentiles-hombres de gallardo porte
El honor se disputan con premura
De besar una vez su sacra mano,
Ó las riendas tener de su montura.

En tanto que en las plazas se improvisa
Del pesado martillo al golpe recio,
Al aire libre diáfanos tablados
Cubiertos con tapices de gran precio.

Sí, que la vasta catedral no era
Á contener la multitud, bastante,
Que al eco de su voz dominadora
Se agolpaba anhelosa y delirante.

Ella, vibrando persuasiva y fuerte,
Del mundo demostraba las falsías
De culpable conciencia los terrores,
De la Virtud, las castas alegrías.

Cada palabra de sus labios puros
En ráfagas de luz baña la mente;
Despierta la esperanza seductora,
Fuerzas recobra el corazón doliente.

Su voz es para el alma descarriada
De la Verdad revelador profundo,
Faro que alumbra la tiniebla espesa,
Eco armonioso que electriza al mundo.

No hay campanas, ni obreros, ni martillo;
Detiene el carro su veloz corrida;
Y, al escucharlo, de consuelos lleno,
La sed, el hambre, el infeliz olvida.

Aquel silencio augusto en la ancha plaza
De Trinidad de Angers, es imponente:
Nadie respira... hasta el insecto leve
Bajo las hojas rebullir se siente....

Era una tarde del Otoño grave;
Entre celajes, misteriosa y bella,
Como en el alma la esperanza amiga
Brillaba ya la vespertina estrella.

Doraba el sol con apacibles rayos
La plaza toda, y el concurso atento,
Y la avecilla (que á su nido torna)
Su risueño cantar lanzaba al viento.

Mas antes que pronuncie el religioso
De su discurso el texto apetecido,
Sordo rumor de voces y de pasos
La atención general, ha suspendido.

Y el pueblo mira con sorpresa y pasmo
De numerosas guardias escoltada
Y enviados del Obispo, una litera
Que lenta avanza, entre crespón velada.

¡Era Armella infeliz!... la turba ansiosa
La funesta verdad fácil comprende...
¡Es una bruja!... horrorizada exclama
Y en odio ciego, y en furor se enciende.

¿Donde el cristiano, pensamiento, donde
La oración y los cánticos que al cielo,
En alas de los ángeles llevados,
Desplegaban feliz su raudo vuelo?...

Rugidos de terror, de ira y venganza
El pueblo exhala, cual rabiosa fiera,
Y ávido de espectáculos sangrientos,
¡Al fuego! grita, ¡al fuego la hechicera!...

Cual torva nube que aquilón impele,
En pos de la litera, á toda prisa,
En confusión se lanza... ya la sigue...
Ya se aleja... ya apenas se divisa...

Sola quedó la plaza y la tribuna,
¿Quién al violento torbellino ataja?
Y—abandonado por la vez primera—
El religioso del tablado baja.

Del popular clamor la causa inquiere;
El relato fatal pálido escucha;
Y en su sensible, caloroso pecho
La indignación con la clemencia lucha.

Mas, oyendo de Armella el dulce nombre
Se extremece... se turba,... ha recordado
Que al visitar de Chantoçé, el castillo
Por esa misma joven fué llamado,

Hasta su lecho, en que doliente estaba,
Lánguida, mustia, acongojada y sola,
Como la imagen del dolor, sombría,
Y que, á su ruego, en confesión oyóla.

Una idea del cielo repentina
Se abre en su mente rápido camino;
Rayo de caridad vívido enciende
Su corazón con su fulgor divino.

Un caballo! exclamó, pronto, ¡un caballo!...
¡Acaso, acaso llegaré tardío!...
¡Debo partir en el instante mismo!
¡Dadme un caballo por favor!... Dios mío!

Y ante el corcel que compasiva mano
Le brinda, el monje enternecido exclama:
¡Bien hijos, bien! rogad por la acusada,
¡Hoy la piedad á vuestras almas llama!

En sus juicios severos falla el hombre;
Pero jamás si de clemencia lleno
Misericordia implora! Rogad todos!
¡No condeneis! tampoco yo condeno!...

Y recogiendo sus pesadas ropas,
La faz radiosa, el ojo centellante,
Despareció, lanzándose á galope
En la senda que va de Angers á Nante.

CARIDAD Y JUSTICIA

El alba amaneció, su faz de rosa
Y de zafiros bajo pardo velo
Ocultando á la vista, que anhelosa
Su vuelta expiaba en el opaco cielo.
No trina el ave en la arboleda hojosa,
Y el cierzo agita con sentido duelo
Las altas copas del ciprés sombrío,
Húmedas con las gotas del rocío.

¿Y es esa el alba; la encantadora hora
De arrullos suaves, de harmonías llena,
En que naciente sol los prados dora
Y erguida se despliega la azucena?
En que al sensible corazón que llora
Esperanza dulcísima enajena?.....
¡Hora risueña, que á soñar convida,
Bella cual la mañana de la vida!

¿Por qué, tímido, el sol su faz recata
Y el ave exhala lánguidos cantares?
¿Por qué el arroyo de bruñida plata
Evoca en su rumor hondos pesares?
¿Por qué el pueblo en las calles se dilata
Impaciente dejando sus hogares,
Y, perdida la paz, la blanda calma
Muda congoja le tortura el alma?

Es que el día llegó, ¡tremendo día
Que ansioso aguarda de inquietudes lleno!
Va á hacerse luz en la tiniebla umbría,
Y ante las turbas, de temor ajeno,
El Juez descubrirá la culpa impía,
Que, hundiendo el alma en vergonzoso cieno,
Cumplida fué del cielo en la presencia;
O hará brillar la angélica inocencia!

Ardiente multitud precipitada
Hacia el Palacio Episcopal se lanza,
Allí tiene lugar la audiencia ansiada,
Allí el misterio solución alcanza.
Ancianos, mozos, de vivaz mirada,
Madres á cuyo cuello se afianza
El inocente niño, y dulces, bellas
Cual sonrisas de Dios, tiernas doncellas.

¡Todos quieren llegar á un tiempo mismo,
Y por sus ojos ver la desdichada
Que, descendida acaso al hondo abismo,
En la pira será sacrificada.
¡La compasión ha huido! el fanatismo
Reemplazó á la piedad! desventurada
El alma cruel que en el dolor tirano
Se goza, y la ignominia de su hermano! . . .

Y en tanto, se escuchaba confundidos
El ¡ay! del niño, que asustado llora,
De la anciana achacosa los quejidos,
La voz süave que ¡favor! implora,
Riñas aquí. . . . codazos atrevidos . . .
Y allá en la confusión desoladora,
Derretido galán junto á su bella,
Murmurando de amor blanda querella.

Sonó la hora: lentas han girado
Las férreas puertas, la sesión se abría;
Con anterior ayuno preparado,
Recibida la sacra Eucaristía,
El Tribunal sus puestos ha ocupado,
Puro, como la luz del claro día,
Bajo el ojo de Dios en quien se inspira,
Sobre los hombres, que á su planta mira.

Sí: va á juzgar, del soplo corrompido
De las pasiones mundanales lejos;
De su conciencia al íntimo latido,
De la ley soberana á los consejos;
Á un rayo, de los cielos descendido
Que difunde en su mente sus reflejos,
Y su fallo será—libre de dolo—
De justicia y verdad el eco sólo,

En medio al semicírculo formado
Por las gradas, divísase el asiento
Que á la acusada estaba destinado,
Inmoble á la derecha y macilento.
El sacerdote, á quien está encargado
Defenderla, aguardaba aquel momento.
En pos de él se veía los testigos,
Donde hallará el lector rostros amigos.

Allí está Humfrido, el venerable anciano
Que en la noche fatal de la tormenta
Buscó á la joven con anhelo vano,
Allí también el oficial se ostenta,
Guardián del puente, ¡corazón humano!
Que de librarla la ilusión alienta;
Y Ursula, en fin, la digna *Celadora*,
Que como madre á la acusada adora.

Lívida está; su descarnada frente
Del insomnio revela honda la huella;
Su seno late de emoción creciente,
La verdad y el amor luchan en ella.
Hablar, decir lo que su pecho siente
¿No es condenar á la infeliz Armella?.....
Un helado sudor su cuerpo inunda,
Y es su amargura como el mar, profunda!

Lúgubre són de pasos y cadena
Por la espaciosa sala ha discurrido:
La multitud se inclina de ansia llena,
La faz mudada, el pecho conmovido.....
Silencio funeral reina en la escena.....
Entre guardias Armella ha aparecido;
¡Y á su vista, burlados los enojos.
Lágrimas de piedad vierten los ojos!.....

¿Quién así trocar pudo en tal momento
La indignación, la ira, el odio ciego,
Que ayer *¡muerte!* gritaba en ronco acento,
En sublime perdón, en tierno ruego?
¿Acaso Armella, con vedado intento,
Su siniestro poder ha puesto en juego,
En las turbas lanzando de improviso
Mágico *encanto*, poderoso *hechizo?*

¡Oh! sí, Armella, un *hechizo* ha desplegado
Sobre esa multitud, ¡y la ha vencido!.....
¡Misterioso poder, poder sagrado,
Del infortunio á la belleza unido!.....
Negro traje le ciñe el delicado
Y esbelto talle, en derredor prendido
De su cándida frente, largo velo
Por su espalda gentil desciende al suelo.

Avanza lenta: el célico semblante
Puro, como el ensueño del poeta,
Descubre, de hermosura deslumbrante;
Su diestra mano el corazón sujeta
De emoción y terrores palpitante,
Mientras la otra convulsiva aprieta
La pesada cadena, cuyos lazos
Torturan ¡ay! sus delicados brazos.

Los dulces ojos del matiz del cielo
Fijó en la turba, y su mirar decía:
¡Compadeced, compadeced mi duelo!
Mas á la imagen de Jesús, sombría,
Tornándolos con vivo desconsuelo,
En su mirada entonces se leía:
Juzgadme, vos, que visteis mis tormentos,
Y sabeis mis secretos pensamientos!.....

De súbito ante el banco colocada
Donde el crimen se sienta, ignominioso,
La joven retrocede horrorizada;
Lívido esconde su semblante hermoso;
Y su mano—cayendo desmayada,
Como suele del tallo primoroso
Nevado lirio, que la hoz cercena,—
¡Lúgubre ha resonado su cadena!.....

Ese triste rumor fué el sólo ruido
Que el general silencio interrumpiera;
De cada corazón brota un gemido!.....
La mirada interroga..... el alma espera.....
Lágrimas silenciosas han corrido.....
Votos la mente forma por doquiera.....
De una voz se escuchaba el eco suave,
Era la voz del Juez, pausada y grave.

—Decidme vuestros nombres, acusada,
—Mi nombre es María Armella
De Beaumanoir.—Esta respuesta dada
Con voz que la emoción trémula hacía,
Despertó en la asamblea
Un eco de piadosa simpatía.—

—Vuestra edad?
—Veinte años.
—Desde el día
En que dejaste á vuestro padre y madre
¿En dónde residís?
—Moraba en Nantes
Y luego en Chantocé, junto á la noble
Y potente señora,
María de Dinán, mi protectora,
Princesa de Bretaña.
—Bajo qué calidad?
—En la de dama
De Honor.
—Decid ¿cuándo admitida fuiste
En el servicio de tan noble dueño,
Contrajiste con ella
Algún solemne empeño
Bajo la sacra fe del juramento?
—Sí, respondiera Armella,
Con tembloroso y apagado acento.
—¿Y ese empeño á qué cosa os obligaba?
—Á vivirle fielmente sometida,
Á mirarla por siempre, á cada hora,

Como á la madre que me dió la vida,
Como á mi soberana, y mi señora.
—Prometiste igualmente
No recibir jamás el homenaje
De ningún caballero
Sin antes prevenirla ó consultarla?
—Juré como á mi madre respetarla.
—¿Vuestro voto sagrado habeis cumplido?
Armella en esta vez no respondiera.
El Juez, su voz alzando,
La pregunta reitera;.....
Los labios de la joven se agitaron,
Exhalando no más débil jemido.
—Sois muy joven aún, dijo el anciano
Que á la acusada interrogaba, acaso
Ignorais del solemne juramento
La santidad augusta, la importancia?.....
—Os engañais: desde su tierna infancia
Se enseña á los Bretones
Que Dios recibe, y en su pecho guarda
De ese voto las graves condiciones;
Que al que lo viola, el deshonor aguarda.
—Y sin embargo... el vuestro habeis violado!...

—Sí.

—¡Vos lo confesais!

—Sí.

—¿Arrepentida?

—Nó!..... Á esta palabra
En voz alta y entera proferida,
Sordo rumor levántase en la sala
Que al aquilón embravecido iguala.
El Juez replica:—Habeis reconocido
Que hay deshonra en faltar á un juramento
¡Y no os arrepentís!..... Pensad, Armella,
Recoged vuestro espíritu un momento,
Y decidme después ¿qué os ha forzado
A quebrantar empeño tan sagrado?—
La acusada guardó mudo silencio.

—Desde que en el castillo
De Chantocé habitais ¿ha sucedido
Que sola por la noche hayais salido?
—¡Oh, sí; es verdad! Cuando la tierra triste
En su manto de niebla se envolvía
¡Cada noche, en silencio, yo salía!.....
—Mas las puertas cerradas se encontraban,
Bajados los rastrillos,

El puente levantado,
¿Para salir qué medios os quedaban?
—¡Descubrir esos medios no me es dado!.....
Ardió ël pueblo en furor á esta respuesta;
"¡Sí, clamaba, á pesar de la inocencia
Que en su exterior respira,
Estamos de una *bruja* en la presencia!
¡Pacto con el demonio ha contraído:
Por *él* arrebatada cada noche
Al negro *conventículo* ha asistido!....."

El Juez hace acallar el movimiento,
Y su apacible acento
Tornándose severo,
A la acusada dice de esta suerte:
—Confesais las nocturnas ausencias
¡Y no os cubre el rubor el rostro inerte!
¡No obstante era preciso
Para así proceder, que no tan sólo
Hubïeseis olvidado
Vuestro noble deber y la promesa
Que hiciste á la princesa,

Sino también, que hubierais renunciado
Todo pudor; ¡en nombre de Dios vivo,
Armella, responded! ¿Qué os ha movido
Á quebrantar vuestro deber sagrado?....
—Mi deber!... Santo Dios! pero, ¿qué os prueba
Que mi sacro deber no haya cumplido?.....
—¡Infelice, más pruebas
De vuestro oprobio demandais hoy, cuando
Todo os acusa con horror profundo!.....
—Si me condena el mundo,
¡Me juzga Dios! Á su sentencia apelo!.....
—La mujer que renuncia
Al honesto pudor, renuncia al cielo!.....
¡Ah! No invoqueis á Dios en vuestra vida
Si no estais de esa falta arrepentida!
—¡Oh, Reverendo Juez! mandad, si os place
De la justicia de los hombres dude,
Su apoyo retiradme;
Pero el de Dios ¡por compasión! dejadme!
El infortunio allí busca consuelo;
¡No teneis el derecho
De arrebatarlo á mi angustiado pecho!.....
—Pues bien, si osais su sacrosanto nombre

Invocar todavía,
Por ese nombre augusto yo os lo ordeno;
¡Respondedme!... ¿Hacia quién todas las noches
Envuelta de la sombra en el misterio,
Vuestro paso furtivo os conducía?
—Iba hacia *alguno* á quien poder asiste
Para mandar sobre la suerte mía!
—Pero, después de vuestros nobles padres
Y la princesa, á quien confiada fuiste,
¿Quién mandar pudo en vos, qué *ser viviente?*
—No os he hablado hasta ahora
De un *ser viviente;*..... aquel á quien yo sigo,
En las regiones del olvido mora.....
¡El polvo de la tumba
Ha caido una vez sobre su frente!.....
¡Su campo..... es el sombrío cementerio!.....
¡Su lecho..... el ataud!.....
Horrendo grito
De la sala los ámbitos conmueve;
Los jueces se preguntan aterrados,
¿Cómo encontrarse pueden hermanados
Con la impiedad sacrílega,
La expresión deliciosa

De inocencia y verdad que en su faz bella
Cual en un trono de candor reposa!
El pueblo, no domina
Su indignación, ni á respetar atina
De la justicia el inviolable fuero;
Mas, como tigre fiero
De su presa sediento,
Encendido en furor grita violento:
"*Ha confesado su comercio impío;*
¡Á la pira la bruja!..... ¡muera!..... muera!
¡Rojiza llama la consuma entera!
¡Y su ceniza, disipada al viento
De este crimen atroz sea escarmiento!"

Y, prorrumpiendo en tan siniestras voces
La turba convulsiva se agitaba,
Los ujieres no logran
Acallar el tumulto, ni los guardias
Cruzando altivos su acerada lanza,
Detienen la olëada embravecida,
Que frenética ya, fuerte y erguida,
Cual desbordado mar, que el dique rompe,

A la acusada, en su arrebato, alcanza.....

.....

Repentino escuchóse,
Desapacible y seco,
De una *carraca* destemplada el eco.
Del lado de los jueces, ancha puerta
Con estrépito abrióse,
Mientras Tomás Connecto aparecía
Arrastrando consigo, de la mano,
De un espectro ó fantasma la figura
Velada bajo extraña vestidura.
¡Era Haroldo el leproso!
¡Armella, Armella lo ha reconocido!.....
¡Los guardias con imperio de la sala
Lo han arrojado ya..... ¡lo han despedido.....
Sin atender su grito doloroso
Que hasta el fondo del alma ha conmovido!.....

—¡Nobles Jueces, Ancianos,
Exclamó de emoción arrebatado

El digno Religioso del Carmelo,
Dejad esos asientos, ¡no sois dignos
De juzgar á la que hoy admira el cielo!
Y tú, joven sublime, dulce Armella,
Ven á posar tu inmaculada planta
Bajo la imagen santa
Del Dios de caridad! ¡ven á sentarte
Sobre nosotros todos, á juzgarnos!
¿Acaso hay aquí alguno
Con quien mi labio osara compararte?
Pueblo! que en roncas voces
Su muerte demandabais, ¡de rodillas,
De rodillas caed! y suplicadla
Que con su mano amiga
¡Una vez, una sola, ella os bendiga!.....
¡Cuál otra más fecunda
En dulces bendiciones
Que la angélica mano que ha vendado,
Con caridad profunda,
Del leproso las llagas, de horror llenas!
¡Jueces! quitad, quitad esas cadenas
A cuya vista gimen nuestras almas!
¡Dadle coronas y triunfales palmas!.....

Cual eléctrica chispa, el entusiasmo
Por la agrupada multitud se extiende;
Los gritos tumultuosos han cesado,
Y á la furia implacable ha sucedido
La adoración de un pueblo enternecido.
Del Monje del Carmelo el sentimiento,
Su convicción extraña,
La conciencia del Juez en lumbre baña;
Mas la Justicia marcha á paso lento;
Pruebas exige irrecusables, plenas,
Para quitar á Armella sus cadenas.
Ardiente el Religioso
Suplica que en la sala
Un instante no más entre el leproso.
El Tribunal, incierto, delibera;
Pero, el terror vencido,
Ya al infeliz en audiencia espera:

Allí, donde los pies del desgraciado
Deben tocar el frio entarimado,
Un tapiz se ha extendido,
Que momentos después de su partida

Habrán voraces llamas consumido
De trecho en trecho en pebeteros, arde
Oloroso perfume
Y su fragancia suave,
En azulada nube,
Embalsamando la espaciosa nave,
A la techumbre vagorosa sube.

La multitud se aquieta á esta medida,
Mas ¡ay! del alma de la dulce Armella
Sangre brotó la punzadora herida,
Ante esa nueva humillación profunda
Que al mísero aguardaba.....
No sufría por ella,
¡Sufría, sí, por el que tanto amaba!.....

La puerta en sus goznes giró silenciosa
Y en ella al instante se vió al desgraciado,
Cual muerto, que el hondo sepulcro ha dejado,
Trayendo en sus labios oculta verdad.

La sala á su aspecto de horror enmudece,
Y en tanto, de Armella la clara pupila
Purísima gota callada destila,
De llanto sublime de inmensa piedad.

El mal, cuyo nombre las almas atrista,
El mal, que en su estrago los miembros devora,
Y en masa confunde, deforme incolora,
Los bellos contornos, la mórbida tez;

Sus áridas huellas grabando en su frente,
No había alterado su noble belleza;
Sus líneas conservan la antigua pureza,
Mas cubre su rostro mortal palidez.

Sus ojos profundos, en sombras velados,
Su espeso cabello, que al ébano iguala
Su barba ondulosa que al pecho resbala,
Más lívida tornan su pálida faz.

Job, abandonado del cielo y la tierra,
De horribles torturas el alma agravada,
Debía de Haroldo tener la mirada...
¡Más triste y sumisa no la hubo jamás!

En burdo ropaje contémplase envuelto
Aquel, de que en días de gloria y ventura,
La fama citaba la rara hermosura,
La noble hidalguía, la digna altivez.

Y el tiempo—que amargo para él ha corrido—
Había á tal punto su brillo apagado,
Que el ojo materno, jamás engañado,
De Haroldo los rasgos no viera esta vez.

El Juez, comprendiendo del triste el tormento
Expuesto allí á tanta mirada curiosa,
—Haroldo, pregunta, decidme ¿qué cosa
Os hace á los vivos de nuevo tornar?

Leproso incurable la ciencia os declara;
Las tres campanadas, presagio de muerte,
Al mundo anunciaron ayer vuestra suerte...
¡Debiste en silencio tu fin aguardar!...

El baño rompiste... ¿sabeis, desgraciado,
Sabeis el destino fatal que os espera?
La muerte sin tregua ¡muerte verdadera!...
—Mi vida... ¿qué vale? ¡gozoso la doy!

—¿Qué causa os ha hecho violar vuestro baño?
—De este religioso la orden sagrada.
Armella, me dijo, será condenada,
¡Tú puedes salvarla! partí... y... aquí estoy...

—En pró de esa joven ¿qné afirma tu labio?
—Que es ella un arcángel de luz, descendido
En este recinto, que hablar no ha querido
Por no revelaros su excelsa virtud!

¡Ah! si una palabra tan sola dijera,
La torva cadena que ciñe sus brazos
Caería á su planta tronchada en pedazos,
Y el mundo exaltara se heroica actitud!...

Tomad dignos jueces, tomad ese escrito
Trazado con lágrimas, que expresa mis males,
Tomad, y leedlo... ¡vereis en él cuales
De Armella infelice los crímenes son!...

A leer presurosos los jueces se aprestan,
El pueblo en estatua se ve convertido,
Y el alma en los ojos... suspenso el oido,
Se dió á la lectura profunda atención.

DIARIO DE HAROLDO

Quien el relato de mi acerba pena
En este diario consignado lea,
Ah! no vaya á creer un sólo instante
Que en la cruel soledad, á que el destino
Mi juventud condena;
Ni de la muerte el pálido semblante
Que por do quiera miro;
O de mi atroz dolencia
El horror que hoy inspiro,
El más feroz de mis tormentos sea.
¡Nó; no es el mal presente
Aquel á cuyo peso yo sucumbo!
¡Es el recuerdo de mi bien perdido
Que abisma el alma mía
En piélago insondable de agonía!...

Cuando la noche de mi tumba oscura
Viene á aumentar las sombras y el silencio,
Entonces del pasado
Al corazón se agolpan las memorias:
Ideas de placer, de dicha y glorias
Me recuerdan el bien que he poseido,
Y lo que de él me resta;
La ilusión lisonjera
Que un mundo de delicias me fingía,
¡Y el porvenir horrendo que me espera!...
Mis recuerdos semejan
Relámpagos que en noche tempestuosa
Van á alumbrar la oscuridad dudosa,
Para mostrar al mundo
Rüinas y despojos,
Allí, dó la riqueza y la abundancia
Ávidos contemplaron nuestros ojos.

Cuando á la luz del día en los lugares
Salvajes y desiertos vago errante;
Cuando del bosque espeso
Me sumerjo en la sombra,
O desciende mi planta vacilante

A la vasta llanura, iluminada
Por un rayo de sol, vivo y radiante,
La vida aventurera del guerrero
Me viene á la memoria,
¡Y me sorprendo ¡ay triste!
Soñando con combates y victoria!
Mas la vista de un hombre
O de un niño dulcísimo el acento,
Me recuerda al momento
Que yo debo evitarlos... que podría
Darles la muerte!... entonces, agitando
Mi carraca, les grito presuroso:
"¡Huid de Haroldo el leproso!!"

Hubo otro tiempo ¡ay Dios! en que yo hiciera
Huir delante de mí; pero no era
Ni al inocente niño
Ni á la mujer cuitada
Sino á los enemigos de mi patria!...
¡Yo ceñía una espada!...

Armella, dí ¿te acuerdas de aquel día?...
Del *solitario* apena

Dejábamos la gruta silenciosa;
Aún resonaba grata en nuestro oido
Su blanda voz, de bendiciones llena,
Y de su mano trémula
Sobre nuestras cabezas extendida
La presión deliciosa
Creíamos sentir, mientras su acento
Vibrando en nuestras almas
Como un eco de paz y de esperanza,
Tierno aún, y amoroso repetía:
"Hijos míos queridos, si es forzoso
Que el mismo Dios que dijo:
Houra á tu padre y á tu madre al hijo
Vuestra secreta unión eche en olvido,
Poned entre vosotros
Y su justicia que al culpable oprime
La santa caridad, grande, sublime,
¡Escuchad de los pobres desvalidos
Y aliviad amorosos, los gemidos!....

Te acuerdas? caminando silenciosos,
Tu mano entre las mías estrechada
Con ternura infinita,

Sus profundas palabras meditábamos,
Y conmovida el alma,
El bosque de Ploërmel atravesábamos.

De improviso escuchóse
De un infeliz leproso
El triste són que su presencia advierte:
Yo quise arrebatarte, tú, tan bella,
¡Fresca azucena que aquel soplo impuro
Podría marchitar! rosa temprana
En el primer albor de su mañana!
Pero tú, Armella mía,
Con una voz que el alma conmovía,
«Haroldo! me dijiste,
Ha llegado el momento
De poner entre Dios y nuestra falta
De la dulce piedad el sentimiento!
Por este enlace ¡ay triste!
El mandato de un padre he desoido,
Y de mi madre en lágrimas
El doliente gemido
¡Hija rebelde, el cielo me condena
Á arrasrrar de crüel remordimiento

La mísera cadena!...
¿Oyes? la caridad hoy nos implora;
¡Inmensa, cual nuestra alma la desea!
No huyamos, nó, de ese infeliz! acaso
Há largos años que en silencio llora
Sin una voz que le consuele al paso;
¡Ni una lágrima pura
De tierna simpatía
Que calme su amargura!...
Y mientras así hablabas,
¡Angel de amor y compasión! tus plantas
Al mísero leproso encaminabas.
Y yo, por tu ascendiente subyugado,
Y por tu voz angélica atraido,
¡Te seguía, de amor enajenado!...

—¡Huid, huid! clamaba el infelice,
!Alejaos de mí! ¿no habeis oido?
¿No veis que soy un triste condenado
De entre los vivos por mi mal borrado?
—Pobre leproso! respondiste entonces,
Y el desdichado que tu voz oía
Ya menos miserable se sentía—

De aquel árbol frondoso
Bajo el follaje encontrarás reposo;
Y nosotros, en tanto
Desde aquí, escucharemos tu lamento,
Tus profundas angustias, tu miseria,
¡Felices, si logramos
Un alivio prestar á tu tormento!
¡Habló el infortunado!
Su existencia de oprobio, de sonrojos
Expuso, y su abandono,
Su soledad.... sus noches de desvelo,...
De tinieblas... de lágrimas... de duelo
Y desesperación á nuestros ojos.
Y en tanto que gemía,
En llanto se anegaban
Mis ojos y los tuyos, alma mía!

Cuando calló, tu bolsa le arrojaste
Y él al tomarla, alzando entrambas manos,
Trémulo de emoción, puesto de hinojos,
¡Gracias, gracias Dios mío, murmuraba,
Hace diez años ya que no encontraba
En el mundo piedad, hasta este día!...

¡Ah! para el alma herida
Cuán dulce es de piedad una mirada,
Por la sublime compasión vertida!

Yo, estático adorando, amada mía,
Tu sublime virtud, cual tú impelido
De noble sentimiento, ó anhelando
Talvez una sonrisa de tus ojos,
Mi capa le tendí, con que podría
Del cierzo helado del otoño crudo
Su pecho resguardar, yerto y desnudo.
El tornóse hacia mí y en voz doliente
¡Que vibrará en mi oido eternamente,
—Gallardo caballero,
Me dijo, acaso un día
Os negará la tierra su alegría
Acaso llorareis como yo lloro;
Mas vuestra acción piadosa,
Del fondo de mi pecho al cielo imploro.
Haré bajar sobre vuestra alma en duelo
Un rayo de alegría y de consuelo!

¡Armella, ¿dónde, dónde
Mis consuelos están? en torno miro:
¡El eco, triste, á mi gemir responde!
¡Estoy sólo en el mundo!
Sólo ¡infeliz! con mi dolor profundo!...

Nada me resta... ¡nada!...
Cuando de todo bien me despojaron
Los hombres de su seno me arrojaron,
Vistiéndome la humilde
Librea, que me envuelve en mi agonía:
¡La del dolor, y la miseria impía!...
Pero, para consuelo
Sobre mi corazón la banda guardo
Que tú me diste, amante,
Cuando al combate ardiente me lanzaba,
Y del infiel soñaba
Humillar la cerviz, en fausto instante.
¡Y es este el solo bien que yo poseo,
La sola prenda que de tí me resta!...
¿Dónde tu faz está, tu faz de rosa,
Y tu sonrisa lánguida amorosa,
Dónde tus ojos en que el cielo veo?

¿Tu voz, como el cantar de los querubes,
Tu lágrima vertida
De compasión, de amor ó de ventura,
Y tu alma casta y pura
Que hicieron el hechizo de mi vida?...

¡Con cuánto orgullo recibí tu ofrenda
En el momento del *adiós* postrero!
¡Emblema era de futura gloria,
De inmenso amor incomparable prenda!
Un mundo de ilusiones me forjaba:
Sueños de dicha y de ambición, radiosos,
Mi mente juvenil acariciaba,
Mostrándome la vida en lontananza
Bajo un prisma de mágica esperanza.

¡Ciego destino, dí ¿cómo cumpliste
Las ilusiones bellas
Que en mi anhelo forjé, desventurado?
¡Lejos, muy lejos de mi patrio cielo!
¡De esclavitud la mísera cadena!
¡Y de dolencia impía
El dolor... la vergüenza,

Grabados ¡ay! sobre la frente mía!...
Como esa flor que languidece y muere
Si el sol le niega su vivaz destello,
El idëal tan bello
De mi felicidad, lloré perdido
Lejos del sol que iluminó mi cuna,
Del suelo hermoso donde yo he nacido!

Cuando perdí de vista tu ribera
¡Oh patria idolatrada!
Comprendí de la ausencia los rigores,
Y el barco que veloz me arrebataba,
Sin atender, ¡crüel! á mis clamores,
¡Lejos, bien lejos, mi dolor llevaba!...
Las noches y los días
En lugar de atenuar, acrecentaron
Aquí, en mi corazón, las ansias mías.
Por buscarles consuelo,
Soñaba con espléndida victoria,
Y al peligro á mis solas sonrëía,
Dó conquistar debía
Lauro inmortal de inmarcesible gloria.
Bogaba el barco en silencioso vuelo:

De súbito un clamor horrendo oimos,
Y, á un rayo de la luna, que en el cielo
Entre celajes se velaba triste,
Del enemigo fiero,
Acometidos con furor nos vimos,
Que, lanza en mano, al abordaje enviste,
Vomitando blasfemas maldiciones...
Luchamos cuerpo á cuerpo,
Yo era feliz al empuñar mi espada;
¡Mi alma estaba sedienta de emociones!
Mas... la lucha duró breve momento,
De una lanza traidora
Junto á mi corazón percibí el frío...
Voy á morir! pensé, mi alma angustiada
Quise elevar á Dios, ¡vano delirio!
¡A tí volaba el pensamiento mío!
¡Esposa idolatrada!
¡Yo te veía viuda y desolada!...

Caballero caí, me alzaba esclavo!
Mis pies y manos contemplé al instante
Cargados de durísimas cadenas;
Y mi lanza, mi casco, mi armadura

Y la gloriosa espada
De mis nobles abuelos heredada,
Para colmo de horrores
Formaban parte del botín sangriento
De aquellos implacables vencedores.
Estos caros despojos
Con otros infinitos confundidos,
Iban á ser vendidos
En Argel, y era allí donde nosotros
Debíamos también ¡oh desventura!
Correr igual destino
En no lejano día...
Esta idea me hacía
Hundir mis manos en mi herido seno
De desesperación y angustia lleno...
Sí ¡la muerte invocaba
Ante la esclavitud que me aguardaba!...

¡Oh muerte! que envenenas, y devoras
Con tu apestado aliento
De la felicidad las breves horas!
¡Que, cual fantasma vano,
La vida, su ilusión, y sus amores

En humo truecas, y en dolor tirano;
¿Por qué al desventurado
Que te invoca por término á su duelo
La faz amiga escondes;
Y tu guadaña, que en cegar se afana
Juventud, inocencia, y alegría,
Su filo embota ante la pena impía,
Y el infelice que tu auxilio implora
La vida arrastra á su pesar... y... llora?

Llegó por fin el malhadado instante:
Hacia la plaza pública arrastrados,
¡Cristianos, caballeros,
Como bestias de carga envilecidos,
Del infiel insolente á las miradas
Expuestos fuimos ¡ay! luego... ¡vendidos!
«En tal humillación (extraño caso)
De orgullo un movimiento
Se despertó en mi ser, y me dió aliento:
Los bárbaros buscaban
Á los de mi nación, con preferencia:
Los Italianos lloran, murmuraban,
Los Ingleses, se quitan la existencia,

¡Los esclavos franceses
Trabajan con tesón, y su infortunio,
Sin que desmaye su valor altivo,
Con noble dignidad llevan consigo!»
Estas breves razones
De la boca del bárbaro salidas,
Una enseñanza fueron
Para mí, en tan tremendas sacudidas.
«Soy cristiano y francés, sabré sin queja
Sufrir,» me dije fiero,
Mi palabra he cumplido; ¡yo lo espero!
Dos años han pasado,
De mi cautividad han fecundado
La tierra mis sudores, y una queja
No exhalara mi labio en esa angustia
Que ni un instante reposar me deja!
Era mi amo cruël, avaro era;
Para él incansable trabajaba,
¡Y jamás de mi suerte murmuraba!
Mi alma, presa de dolor inmenso,
Sin el consuelo de una voz amiga
Necesitaba distracción, fatiga;
Y rendido, agobiado,

Bajo un cielo abrasado
Sin fuerzas ni aún para esperar, decía:
¡Ya no veré á mi Armella
Ni el puro cielo de la patria bella!
¡Moriré aquí! la arena del desierto
Cubrirá ardiente y muda
Del esclavo infelice
El despojo mortal, pálido y yerto!...
¿Mas, esa muerte oscura y ignorada
El efecto sería
De la paterna maldición? ¡oh, padre!
¡Si vieras las cadenas
Que del África ardiente en las arenas
Sobre tü hijo pesan, y lo agobian,
¡En lágrimas bañado
Tu horrible maldición suspenderías,
Y tus brazos amante le abrirías!...

Nunca, Armella, te dije, si, tú ignoras
De mi irritado padre las palabras,
Á haberlas conocido,
No te habrías jamás conmigo unido.
Cuando le declaré mí pensamiento

De hacerte mía, replicó violento:
"Haroldo, tú lo sabes,
Nunca en vano juré; pues bien, ¡lo juro
Por la sangre de Dios! si en algún dia
La hija de Beaumanoir fuere tu esposa,
¡Yo te maldigo! enemistad odiosa
Entre nuestras familias se levanta,
Y es menester, lo exijo,
Que el profundo rencor, el odio intenso
Que inflama el alma de tu padre, pase
Al corazón del hijo!....

La horrenda maldición no me detuvo,
En mi pasión decía:
¡Dios no puede escuchar la voz impía
De mi padre, que al odio me condena,
Él, que el perdón y la piedad ordena!
¡Ah! si hasta tí ha llegado
La maldición paterna, Dios del cielo,
¡Qué caiga, oh, sí, qué caiga solamente
En mi culpable, en mi humillada frente!

.....

¡Á qué abismo he caido!
Fuí dichoso, la gloria me halagaba,
Mi nombre proclamado
Por la voz de la fama,
¡Citado fué en los campos de batalla,
En medio del fragor de la metralla!
He blandido la lanza
En pro del oprimido;
Y hoy, si una voz pronuncia el nombre mío,
Para dolor y afrenta,
¡Sólo es la del guardián de los esclavos
Que sus víctimas cuenta!....

Y tú, ángel bello, ¿qué haces entre tanto?
¡Llora á su esposo la doliente esposa,
Tú sola debes esconder tu llanto!
¡Tú, entre todas, la más desventurada!
Y de fausto y de lujo rodëada,
En espléndidas fiestas,
Llevando el alma de congojas llena,
Alzar la frente plácida y serena!
Y yo.... ¡desde el abismo
De mi acerbo dolor, tu angustia miro

Y de piedad suspiro;
¡Porque.... tus ojos no derraman llanto,
Porque tu herido corazón recata
El mal que lo devora,
Y eso, Armella, eso es lo que nos mata!....
.....

Nada viene á cambiar mi negro día:
De esclavitud la vida
Árida es, monótona, enojosa,
Como el desierto en su extensión dudosa,
Como el cielo del Africa, sin nubes
Que interrumpan su cruel monotonía.
Cual se buscara en vano
En su rojiza arena
De añosa encina regalada sombra,
Ó la apacible fuente
De frescas aguas cristalinas llena;
Así, en el alma del esclavo triste
No busqueis el reposo:
¡Eterno luto el corazón le viste!

En la noche sombría
Cuando el humano ruido
Cesa en redor, ¡apenas si respiro!....
Busca el sueño mi párpado cansado,
Pero yo, con él lucho,
Para pensar á solas un instante,
Y á los séres que amo y que he dejado,
Vuela veloz mi pensamiento errante.
Cuando sucumbo á su benigna influencia
Tú me apareces, adorada hermosa,
En mis sueños, cual ángel de consuelo,
Trayendo á mi alma en tu mirada el cielo!
Quiero lanzarme á tí.... ¡los brazos tiendo
En éxtasis supremo de alegría..
¡De mi cadena el ruido me despierta;
Y la ilusión radiosa
Como dorada nube del estío,
Se desvanece ante el tormento mío!....
.....

Mi tormento..... ¡bendito el cielo sea!
Ya va á cesar! Armella, idolatrada!
¡Volveré á extasiarme en tu mirada!

Y tú, cara Bretaña,
Mansión encantadora,
De nuevo en tí se recrearán mis ojos,
He de tornar á verte en feliz hora!
¡La tierra del amargo cautiverio
No pesará sobre la tumba mía;
Y al exhalar mi postrimer aliento,
Sin ansiedad alguna,
Reposaré en la tumba de mis padres,
Junto al hogar donde se alzó mi cuna!

Dicen que á ciertos hombres les fué dado
Mirar siempre á su lado
Su genio tutelar; tú eres, Armella,
Ese sér para mí! la clara estrella
Que mi destino guía! el dulce centro
En que reposa mi alma! Yo te encuentro
Siempre cerca de mí! yo te percibo
Cuando estas líneas delirante escribo!.....
Cada noche, ángel mío,
Mientra el guardián de los cautivos duerme,
Encuentro el medio de decirte, en tanto,
Mis pensamientos, mi dolor, mi llanto,

¡Escucha, el alma de alegría llena,
La esperanza feliz que me enajena!....

La tierra que mis tristes compañeros
Y yo, regamos con sudor amargo,
Risueña y floreciente
Se alzaba al fin, bañada de frescura,
Sombreada de verdura,
De flores primorosas esmaltada,
Recrëando del amo la mirada,
Á nueva empresa destinados fuimos:
Forzoso era partir; el dueño avaro
Abrir inmenso lago pretendía
En medio del desierto.
De aquel cóncavo seno,
Cavado á costa de sudor y vidas,
En múltiples canales
Las aguas repartidas,
Fecundarían áridas regiones
Á sus arcas llevando
Riquezas infinitas,
Y alimento á sus locas ambiciones.
El sol en tanto con su luz de fuego

Las áridas arenas abrasaba;
¡Cuántas víctimas tiene calculadas!
¿Pero qué le importaba
Algunos hombres menos
Si sus cofres vaciados
Con montones de oro verá llenos?

Yo fuí de los cautivos que debían
Partir y sepultarse en ese vasto
Llano de arenas, de dó nunca espera
Nadie tornar, y sólo semejante
A una mar sin ribera.
Todo dispuesto estaba:
El lomo del camello soportaba
Las arrolladas tiendas
De los guardianes, y en redor se vía,
Esclavos infelices,
Agobiados al peso de su carga,
Jemir en ominosa tiranía.
El látigo vibrante resonaba
Del adusto *guardián* entre las manos,
Y el amo—cuya voz causaba espanto—
«Si no es bastante el látigo, decía,

¡Picad, picad, soldados,
Y con la punta herid, de vuestros sables
A esos perros cristianos,
Que, manos sobre manos,
En ocio recostados,
Há largo tiempo duermen en reposo,
Allí á donde dirigen su camino
¡Otro será mañana su destino!....»

En ese instante mismo
A nuestros tristes ojos
De improviso tres hombres se mostraron.
Parda ropa de lana los cubría
Y su planta desnuda
Los ardores del suelo desafía;
En torno á la cintura
Ancho cinto de cuero su rosario
Con piadoso respeto sostenía;
La barba, descendiendo sobre el pecho,
De noble majestad los revestía,
Y en su cabeza raza y sin cabellos
Lanzaba el sol sus fúlgidos destellos.
¡Ah, sí, eran los hermanos

De la *Merced*, los Santos *Redentores*,
Al rescate de míseros cautivos
Con solemnes promesas consagrados!.....
¡Nuestros pechos de gozo palpitaron,
Y un instante sus penas olvidaron!.....

Sorprendido igualmente el africano
La partida suspende
Y, ávido, á ellos su mirada tiende,
—Y bien, y bien, les dice,
Sacerdotes franceses, ¿mucho oro
Sin duda me traeis?—No el suficiente
A colmar nuestros votos, respondióle
Un religioso, y sin embargo creo
Con el que traigo rescatar algunos
De mis hermanos, que en prisiones veo....
Suspended la partida,
El contrato arreglemos,
Por los más infelices comencemos.....
—¡Infelices! el bárbaro replica
Con sonrisa feroz, muy mal dijiste,
Bajo el dominio mío
Ni el infortunio, ni el dolor existe!.....

Pregunta á esos que llamas tus hermanos
Te lo dirán mejor,..... hondo gemido
De nuestros corazones desprendido
Nuestra respuesta fué.—Os haceis rebeldes,
Replicó nuestro dueño con violencia:
¡Soldados! castigad tanta insolencia!
Los santos religiosos en su mano
Brillar el oro hicieron,
Y sus iras calmara el africano.
Hacia el recinto estrecho
Donde éramos guardados cada día
Como viles rebaños,
Al punto presuroso nos envía;
¡Y allí, agitada de esperanza el alma,
Y de crueles temores combatida,
Inquietos aguardamos
La sentencia final de muerte ó vida!.....

Los hombres abnegados, generosos,
Que atravesaban los airados mares
Por darnos libertad y patria y gozos,
Tesoros suficientes no traían
Para salvarnos todos;

¿Quiénes los agraciados ser debían?
Los más desventurados habían dicho
Ay! en tan dura prueba quién juzgara
Que otro dolor al suyo superara!
Y yo, pensando en mi perdida gloria,
En tí, esposa adorada,
En mi rango de noble caballero,
Y en antigua morada de mis padres
Que acaso nunca visitar debiera,
Con profundo dolor me repetía:
¿Hay desdicha más grande que la mía?
¡Y sin embargo en torno contemplaba
Ancianos achacosos y dolientes,
Mientras de vida lleno,
De fuerza y juventud yo me encontraba! ...
Recostado en la arena
Miraba mi cadena,
Y me decía inquieto y delirante,
¡Cuál será mi destino en breve instante!....

Al fin los Religiosos
En nuestro patio entraron: el rüido
En torno se escuchó, de las cadenas;

Presurosos á ellos nos lanzamos
Para hacerles valer nuestros derechos,
La gravedad de nuestras hondas penas;
Y al llegar á sus plantas,
Al besar sus rodillas,
¡Enviados del Señor, clamó un cautivo,
Del Dios de redención ministros dignos,
Bendecidnos á todos, bendecidnos! . . . .
Y cada cual al recibir la augusta
Solemne bendición, en sí creía
Que libertad y dicha le traía.

Entonces los *hermanos*
De la Merced, alzándonos llorosos,
Entre sus brazos de piedad caimos,
Y allí estrechados con pasión nos vimos.
Uno de ellos tomando la palabra
Con apacible voz así nos dijo:
"Los dones de los fieles nos permiten
Rescatar hasta treinta prisioneros
De toda edad y rango; el rey de Francia
Carlos Séptimo, da de su tesoro
Para salvar á diez bastante oro;

Y de San Juan los nobles caballeros
La suma suficiente
A redimir de esclavitud doliente
A todos sus ilustres compañeros
Que del Santo Sepulcro
La blanca cruz llevaron,
Y por ella sus vidas arriesgaron."

¡Ah! con cuánto embeleso esa palabra
Resonó en mis oidos, ella era
De libertad celeste mensajera!.....
Y fuiste tú, mi Armella,
La que esa cruz fijaste en mi armadura
En el torneo de Ploërmel ¿te acuerdas?
¡Ah, sí, la cruz preciosa
Que ese día me dió tu mano pura
Felicidad tan sólo, prenda mía,
Sólo felicidad darme debía!.....

Si yo y mis compañeros de infortunio
Nuestras dolientes lágrimas mezclamos
¡Oh, cómo entonces de placer lloramos!.....

El gozo de los que eran rescatados
Fué sólo comparable al desconsuelo
De aquellos por la suerte desechados.
Dos amigos miré, jóvenes, bellos,
Iba libre á encontrarse el uno de ellos;
Pero el que amaba tanto
Cautivo quedaba en luto y llanto.
Hacia los Religiosos se encamina;
¡"Padres, exclama, libertad me disteis,
Disponed del dinero
En favor de algún otro prisionero;
No debo abandonar al caro amigo
Que compartió mis penas, y su sangre
Y sus lágrimas ¡ay! mezcló conmigo.
Nuestra alianza sagrada
Por la desdicha ha sido consagrada,
Nuestra eterna amistad será más fuerte
Que estas cadenas, que la misma muerte!
Sea otro feliz, yo torno al lado
De mi hermano querido y desgraciado!
Y hablando así el francés, volvió á sentarse
Sobre la humilde paja en que yacía
Su amigo enfermo y débil recostado .....

Y ni un suspiro reveló el suplicio
De tan sublime, heroico sacrificio!.....

Pagados los rescates, y la mano
Del ávido africano
Con aquel oro bendecido llena,
Se nos llevó á la puerta,
Y allí hicieron caer nuestra cadena.
¿Dónde encontrar acento
Para pintar las dulces emociones
De nuestras almas en aquel momento?
Por la primera vez esas prisiones,
Cayendo á nuestras plantas,
Resonaron con gratas vibraciones;
Y libres ya las manos ¡oh ventura!
De gratitud en el celeste arrobo
A un mismo tiempo alzamos á la altura!.....
Antes de abandonar aquellos sitios
De mi eterno gemir mudos testigos,
Volví los ojos por la vez postrera,
Y ví á los dos amigos.....
¡Los ví, sobre la paja reclinados,
Fuertemente teniéndose abrazados!

Los Santos Religiosos
Del infiel obtuvieron el permiso
De hablar á los cautivos,
Dejándole entrever que sólo era
Para tratar de próximos rescates;
Mas no fué aquella su intención primera,
Sino prestar consuelo
A tantos desdichados
Que quedaban allí desamparados,
Y descubrir del cielo
La luz consoladora
Al corazón, que entre tinieblas llora.

Junto á los dos amigos
Uno de ellos piadoso se arrodilla:
En la sagrada fuente
De indulgencia y de paz baña sus almas;
Y del seno sacando reverente
El Pan Divino, que nos da la vida,
¡El que es luz inmortal, gloria cumplida,
Luego en sus pechos con amor reposa!
Supremo dón que todo bien encierra,
De aquella alianza fraternal el sello,

¡No les quedaba ya sobre la tierra
Sino dormir bajo la misma losa!

En una parte oscura
De la triste prisión, débil anciano
Anegado yacía en amargura.
Enfermo y sin aliento,
En el primer momento
No logró alzarse del montón de paja
Que su peso soporta, y sus dolencias.
Los santos Redentores
Conmovidos escuchan sus clamores;
Mas, agotado ya todo el dinero,
¡Ah, del avaro dueño
Cómo ablandar el corazón de acero!.....
El anciano lloraba,
Y en lamentable voz así gemía:
¡Con que habré de morir abandonado,
Ante mis compatriotas deshonrado!
Yo esperaba que Dios justo y piadoso,
Tornándome por fin al patrio suelo
Que tanto amé, daríame reposo;
¡Que mi nombre, en oprobio ahora sumido

Recobraría su esplendor perdido!.....
¿Y he de morir aquí? ¡Dios de clemencia!
Sin probar mi inocencia,
Y mis hijos amados
Se verán por mi causa mancillados?

El más joven de aquellos
Ministros del Señor, la amarga queja
En silencio escuchaba;
Y al oirla, en su pecho
Su corazón violento palpitaba.
Irradia su mirada;
El signo de la cruz forma su mano;
Y con segura voz dice al anciano:
—¡No morireis aquí, libre y felice,
Puro y sin tacha vuestro nombre honrado
Legareis algún día á vuestros hijos,
¡Vais á ser libertado!.....
¡Oh, sacerdote del Señor! exclama
El infeliz cautivo
La faz rugosa de alegría llena,
Incorporándose sobre la arena
—¿Os queda algún dinero

Para comprar mi libertad?—Calmaos,
Aguardad un instante aquí en reposo,
¡Muy pronto sereis libre y venturoso!.....

Y hacia el infiel precipitando el paso
Con breve voz le dice:
—En el recinto de cautivos tienes
Un anciano infelice
Enfermo, y abatido, y achacoso;
No puede trabajar; nada te deja,
Y mantener su vida te es forzoso.
Un cambio te propongo:
Su libertad devuelve al prisionero,
¡La mía toma, que á tus plantas pongo!
¡Yo soy joven, soy fuerte,
Trabajar como dos será mi suerte!
—Cual me lo pides tú, cumplido sea,
Le responde el infiel, duro é inhumano.
¡Guardias! cargadlo al punto de cadenas
Y haced caer las del esclavo anciano!

No tiende el vencedor la noble mano
Con tanto ardor á la triunfal corona

Como alargó las suyas de ansia llenas
El joven religioso á las cadenas.
Y sin buscar de nuevo al prisionero,
Y cual, si de su heroico sacrificio
Sólo él ignorara la grandeza,
Dijo el postrer *adiós* á sus hermanos,
Y con ojos festivos
Fué á juntarse á los tristes cautivos.

El hombre con estudio y experiencia
Roba el secreto de la humana ciencia,
Lo aprende todo, excepto su destino,
En sus anhelos vanos
Por sondar de la vida los arcanos,
¡El *porvenir* tan sólo,
El *porvenir* le veda su camino!.....
¿Quién podría decir: aquesta hora
Propicia me será, la otra funesta?
Saludará como idëal ventura
Aquello que más tarde
Debe sumirle en duelo y amargura,
Mientras de *sí* rechaza con desvío

Lo que será de su alma
Grato solaz ó deleitable calma;
Y—avanzando entre engaños—
Al deslizar los años,
En el pensil dó puso sus amores
Espinas coge, y deshojadas flores.
¿Y yo también no me juzgué dichoso
Cuando libre me ví de las cadenas,
Y contemplé extasiado
Esas ondas del mar, de arrullos llenas
Y el navío precioso
Dó iba á ser á mi patria conducido?
¿Hay algo que semeje á la ventura
Como la libertad? y bien, Dios mío,
¡Al creerme feliz, yo me engañaba!.....
A tan profunda sima he descendido
De miseria y dolores,
¡Que mi sombrío cautiverio era
Dulce, con mi presente comparado!.....

¡Allí al menos, allí me sentí amado;
Y la cadena fiera
Objeto no me hiciera

De desprecio ni horror! El Infortunio,
De mis rudos trabajos compañero,
De mí no se desviaba horrorizado;
¡Antes, para alentarme me tendía
Su amiga mano, y en mis horas tristes
Su lágrima mezclaba con la mía!.....
Hoy ¿quién sólo un momento
Para mirarme el paso detuviera,
Cuando mi madre cara
Espantada, de mí se desviara?,
¡Cuando tú misma, Armella idolatrada,
Con afecto piadoso
No fijaras acaso tu mirada
Sobre Haroldo el leproso!.....
En el suelo africano
La piedad he encontrado:
En mi tierra natal donde hoy respiro,
¡Horror, desvío, repulsión inspiro!.....

¡Ay! el navío que yo tanto amaba,
Donde mi corazón se dilataba,
Dó la esperanza en célicas visiones
Mi mente acariciaba,

Renovando dormidas ilusiones;
¡Aquel navío, que mi labio ardiente
Besara con delirio,
Como besa el cautivo el libre suelo
En bendecida hora
Tras bárbaro martirio;
¡Ah! fué en su caro seno
Donde aspiré el veneno
Que consume mi vida y la devora!.....
Con leprosos cargados
Del Oriente á Marsella era llegado;
Y aunque ya tiempo hiciera
Y se emplearan mil precauciones
Para extirpar del mal las infecciones,
La horrible enfermedad aún persistía
Fuertemente adherida á sus costados,
¡Y yo, y mis compañeros desgraciados
Víctimas fuimos de la plaga impía!

¡Ah! dos eternos meses trascurrieron,
Cual si agravar quisieran el peligro
Que en torno de nosotros se cernía!
¡Viento contrario de la ansiada costa

Soplando con furor, nos separaba;
Sobre las olas pérfidas la tierra
De mi país se alzaba,
Alumbrada del sol á los destellos;
O cual nube sombría
Allá en el horizonte aparecía!

No comprendiendo aún de mi infortunio
La horrible realidad, mi pecho ardía
Por volver á pisar la patria mía,
Y un remedio encontrar que mi dolencia
Benéfico curara.
En tí, oh Armella! sin cesar pensaba.
Con tu amor deliraba,
Tu amor, único bien de mi existencia
Y tu nombre invocaba, bendecido.
¡Infeliz! para siempre te he perdido!.....
Y tú, cara Bretaña,
Tan dulce á mis anhelos,
Hoy, que toda esperanza se derrumba,
¿Qué me ofreces? gran Dios, sólo una tumba!...
.....

Nuestra suerte se hallaba decidida:
Al llegar á la tierra, un lazareto
Ante mí, y mis hermanos, se abriría.
Y después, si la lepra persistía,
Seríamos del mundo separados,
En prisión más estrecha confinados.
A esta idea tremenda
Se sublevó mi corazón, mi mente
Delirante sus planes combinaba
Para escapar al nuevo cautiverio
Aún más horrendo que el que yo dejaba!

Llegó la noche: á un paso de la tierra
Me encontraba por fin..... tiniebla umbría
Mi fuga protegía.....
Y, el navío de un vuelco abandonando,
Confié á las olas mi infeliz destino,
Que á la ribera abriéronme camino.

¡Oh, cuán grata emoción!..... ¡cuánto embeleso
Conmueve el alma al regresar al suelo
Que nos viera nacer! yo, que venía
Sólo á morir en él, en esa hora

Yo lloraba y temblába de alegría!.....
¡Alegría falaz, vano contento,
No debiste durar sino un momento!.....

Brilló la aurora, con su luz de rosa
Los cielos y la tierra iluminando;
Fresca soplaba embalsamada brisa,
Y en la desierta playa en ecos suaves
Su arribo saludaban ledas aves.
Yerto de frío, de hambre devorado,
De una humilde cabaña
Toqué medroso á la entornada puerta,
Una mujer me abrió; y, al contemplarme,
Ella, y sus hijos que en redor estaban,
De horror lanzaron simultáneo grito.....
¡Era el primer saludo que acogía
Al infeliz proscrito!.....

Antes que trascurriese la mañana
Con esmero prolijo
Fuí introducido en la ciudad cercana,
Dó *físicos* expertos declararon
Incurable mi mal, y por su fallo,

Yo me ví condenado
A ser de entre los hombres desterrado.

¡Ay! allí, en el lejano cementerio,
Mientras que la campana
De la iglesia doblaba mi agonía,
Y por mí el sacerdote recitaba
La misa de los muertos,
Yo quedé en una fosa recostado.
El oficio acabado,
El Cura vino á mí, y así me dijo:
"En el nombre del Padre, en el del Hijo
Y el Espíritu Santo, te declaro
¡Muerto á la sociedad, al mundo muerto!
Leproso amigo, bajo grave pena
Te es prohibido pisar en ningún caso
La ciudad, ni la villa, ni la aldea,
Ni la cabaña, ni lugar alguno
Que visitado por los hombres sea.
Los bosques solitarios
Poblados de misterios,
Tu morada serán, ó los sombríos
Aridos, desolados cementerios.

Leproso amigo, la paciencia implora
Del Dios clemente, que contigo llora,
Sepulta tu dolor allá en su seno:
Los hombres te proscriben, te rechazan,
¡Sus tiernos brazos con amor te enlazan!
La Caridad te envía ese vestido
Para cubrir tu cuerpo dolorido,
Y esta humilde carraca
Que al pasajero errante
De tu presencia advertirá, incesante.
Esa copa de hierro
Para beber en las vecinas fuentes,
Y el santo crucifijo
Para que aprendas á llevar las tuyas
Al contemplar las penas de Dios Hijo."
Yo respondí—Así sea. El sacerdote
Tomando agua bendita me rocía;
De tierra sobre mí vierte un puñado;
¡Todo estaba acabado!.....

La multitud se escurre silenciosa,
¡Y yo, tendido en la sombría fosa,
Pálido, frío, inerte,

¡Comenzaba mi muerte!.....
Sin moverme del sitio en que gemía
La noche me encontró; yo me decía:
¿Para qué abandonar la tumba helada?
Ante la vida que desde hoy me aguarda
¡Cuánto la muerte tarda!.....
Mas, pronto otras ideas me asaltaron
Y eras tú, Armella, cara,
Quien me las impirara.
La esperanza de verte,
De contemplar al lejos tu faz pura,
Se apoderó de mi alma de tal suerte,
Que, revistiendo el traje de *leproso*,
Yo la copa tomé, y el crucifijo,
Y la lúgubre fosa abandonando,
Del mudo cementerio en el reposo,
Sin más testigo que la clara estrella,
Exclamé en alta voz "¡vamos á ella!"

Una mano piadosa
Allí no lejos colocado había
Vino, manteca y pan: yo los gustara.
¡Este el banquete fué, con que acogía

Mi llegada á la tierra de mis padres
La amada patria mía!.....

Toda la noche caminé: la aurora
Mostróme al descubierto
Cuánto mi aspecto intimidar debiera,
Y ¡cuánto más la oscuridad valiera
En mi desgracia, que ese sol ardiente
Que me bañaba la abrasada frente!
Ya de Vannes cercano me encontraba;
Me interné en una selva solitaria
Que abrigaban espesos matorrales.....
¡Aún no habituado con mis crueles males
Al resplandor del día
Mi marcha continuar ¡ay! no sabía!.....

Del Vilaine surqué las negras aguas,
Y en tanto que vogaba,
De mi patria querida
Los hechos ignorados
El barquero prolijo me contaba.
Este hombre valeroso,
Llegando á la otra orilla,

No me intimó bajar de su barquilla;
Mas en la opuesta extremidad sentado,
De la Bretaña hablábame confiado.
Veía cuán gozoso
Lo escuchaba, anhelante y tembloroso;
Horror no le inspiró mi triste estado.
Quise estrechar su mano
De inmensa gratitud henchida el alma,
Mas, mi temible enfermedad mirando,
Me lancé de la barca
¡Gracias, gracias! lloroso murmurando.
¿Qué más decir pudiera?
¡Mi corazón las lágrimas bañaban
Y esas lágrimas ¡ay! me sofocaban!.....

Los datos del Barquero consultando
El camino de Nantes yo seguía,
Era allí donde hallarte al fin debía;
Pero, ¿con qué seguridad contaba?
¿Quién el volverte á ver me aseguraba?.....
¡Oh! nadie, Armella, y avancé no obstante
Con paso delirante
Hacia el lugar feliz que te abrigaba,

Como el desventurado prisionero
Abismado en oscuro calabozo
Se arrastra presuroso
Á la sombría reja
Que penetrar le deja
Una ráfaga de aire, un tenue rayo
Que el sol le envía en lánguido desmayo.....
Y sin bien comprender lo que esperaba,
¡Yo avanzaba en silencio, yo avanzaba!.....

Supe al llegar á Nantes
Que de Bretaña el príncipe, y su esposa
En Chantoçé moraban;
¡Ay! unas cuantas leguas solamente
De tí me separaban!.....
Pero..... ¡gran Dios! dos años han cumplido
Á que lejos me encuentro de tu lado!.....
¿Es inquietud lo que mi pecho agita?
Idolatrada, Armella,
Tú no eres infeliz! eres tan bella!.....
¡Yo sólo, sólo yo soy desgraciado!

¡Ah! la bondad divina
Á Chantoçé te trajo, amada mía,
Cuando de Retz al mariscal servía
Largo tiempo habité aquellos lugares:
Sus bosques seculares,
Sus sitios más ocultos,
Sus pasajes secretos,
Conocidos me son, y su misterio,
En el abandonado cementerio
Hay una gruta subterránea, umbrosa,
Allí me esconderé cuando destelle
Sobre la tierra el sol su faz radiosa,
Y en la noche, de sombras revestida,
Miraré la morada que tú habitas.....
¡Y te veré talvez, luz de mi vida!.....

DESDE LA GRUTA DE CHANTOCÉ

Nadie aquí me hallará, todos se alejan
De este lugar, que llaman maldecido;
¡Y yo, yo te bendigo, asilo amado,
Que me acercas á aquella
Á quien estoy unido
Por un lazo purísimo y sagrado!.....
¡Ah! también ella mi presencia ignora
En este sitio; acaso sin saberlo
Se mostrará algún día á mis miradas
Trayendo á mi alma en duelo
Un soplo de consuelo,
De esperanza la lumbre bienhechora.
Á esta idea mis fuerzas agotadas
Renacen nuevamente.

Esta fúnebre gruta arreglar quiero
Con mano diligente.
Dejaré las espinas, los abrojos,
Interceptar su entrada,
Mas, dentro, tapizada
Con verde musgo, alegrará mis ojos.
El agua de ese lago
En la tranquila noche será mía;
Regaré las violetas,
Y las *cercas* de umbrosa madre-selva
Florecerán más bellas á porfía.
¡Señor, yo te doy gracias!
No existe una amargura
Por grande que parezca, que no logre
Disfrutar de un instante de ventura;
¡Dios de misericordia! el infelice
Leproso, ¡te bendice!.....

Hasta mi abrigo solitario llegan
De trompas y de cuernos los rumores;
La agitación que reina en el castillo
Resuena aquí, en mi tétrica morada.
Ayer, raices cogiëndo

En el bosque, de súbito he sentido
De alegres cazadores
El bullicioso ruido.
Tras una roca oculto
Ví atravesar al príncipe, y festiva
También con él su hermosa comitiva;
Mas la que yo buscaba
Allí no se encontraba.

Al descender la tarde silenciosa,
Sumiendo el alma en su misterio vago
Una mujer he visto arrodillada
Junto á la cruz del lago.
En su actitud graciosa
Y en su piedad, yo te he reconocido.....
¡Ah, mi leal corazón no me ha mentido!
Quiero dejar mi nombre
Bajo la humilde cruz, cuando tu vuelvas,
Velada y solitaria,
Huyendo de la corte los placeres,
Á elevar á los cielos tu plegaria,
Al leer ese nombre que á tí sola
Interesa en el mundo,

En tu emoción conoceré si eres
La que yo ämo con ardor profundo.....
Me prohiben llegar á cada sitio
Del hombre frecuentado
¿Pero..... la cruz, la cruz no pertenece
Al que es más desgraciado?

Ya no puedo dudarlo, sí, tú eras,
¡Tú, sólo bien, idolatrada mía!
Oculto horas enteras
Entre los agavanzos y malezas
Que crecen no muy lejos
De la rústica cruz, miré acercarse
Muchas mujeres jóvenes y bellas,
Que entre *sí* alegremente conversaban.
Y entre sus voces melodiosas, suaves,
Como el trinar de las canoras aves,
Una más grata oí, que todas ellas.
Yo retuve mi aliento
Que mi presencia revelar podría;
En mi agitado pecho conmovido
Mi corazón violento palpitaba
Con desigual latido.

¡Las ví, como los ángeles del cielo,
La faz velada bajo blanco velo,
En torno de la cruz arrodillarse!.....
Y yo, que no debía
Á otra oración juntar la oración mía,
¡Cual réprobo, bajado al hondo abismo,
Más y más en la sombra me sumía!.....

Una joven entonces
Vió el papel, donde *Haroldo* se leyera,
La piedra alzó, qué al suelo lo fijaba,
Y en alta voz mi nombre profiriera.
Rápido movimiento
Notóse entre *ellas* en aquel instante,
Y luego, entre sus brazos sostenida,
Descolorido el célico semblante,
Una mujer miré, desvanecida.
En el primer momento
De *Haroldo* el nombre había pronunciado
Con tan sentida voz, tan tierno acento,
¡Que todo me lo había revelado!.....
¡Oh! mi Armella, mi esposa, mi adorada,
¿Quién sino tú pudiera

Mi nombre proferir de esa manera?
Quise volar á tí, darte socorro.....
¡Infelice! tocarte, era perderte,
¡Mis manos sólo pueden dar la muerte!
Y la presencia mía
El espanto, el temor redoblaría.....
Permanecí en la sombra;
Mas mi mirada continuaba unida
A la bella mujer desvanecida.....
¿Pero, qué fué de mí cuando, volviendo
De su letargo, escucho que decía:
"Amigas caras, el que así se nombra
Es algún desdichado peregrino,
Que al cruzar el camino,
Bajo esta cruz silvestre y solitaria
Su nombre dejaría,
Demandando, piadosa, una plegaria,
Oremos, pues por él; y todas juntas
De hinojos se postraron,
¡Y á los cielos por mí su ruego alzaron!.....
¡Ah! cuánto tiempo, cuánto,
Que sensación tan dulce
Mi pecho no gustaba!.....

¡Era la calma..... el gozo.....
La vida, que tornaba
Al infeliz leproso!

¡No me engañaba, nó, al lucir el alba
Solitaria volvió, mi triste vida
Á la cruz sólo estaba ya adherida,
Y de allí ni un momento me alejaba.
Sin ser visto, veía
A todo aquel que ante ella
Reverente y humilde se postraba.
Bien pronto apareciste, peregrina
Cruzando la colina,
Y tu vestido del color del cielo,
Y tu nevado velo,
Se percibía al léjos,
Del sol á la luz pura,
Flotando suavemente en la verdura.
A medida que así te aproximabas,
De mi abrasado pecho
La agitación violenta redoblabas.
Cogiste el misterioso
Papel, que para tí cual otro día

Bajo la humilde cruz fijado había.
Contemplaste las flores de agavanzo
Que ornaban el descanso,
Y cayendo de hinojos
El billete leiste.....
Ahora, ¿qué harás, tú, luz de mis ojos?

Armella, ¿habrás leido
Bien lo que te escribía?
¿Habrás reconocido
La ingrata senda que á mi tumba guía?
Ah! si me fuera dado conducirte
Al través del tortuoso laberinto
Que en otro tiempo recorrí, y servirte
De luz en él, acaso más sereno.....
Pero ahora... ¡cuán distinto!.....
Una tímida joven
Osará, sola, aventurar sus pasos
Por el sendero oscuro?
Esa estrecha escalera practicada
En el espeso muro,
¿No ofrece á cada instante mil peligros?
Y esa cueva, esa cueva de los muertos

Que es forzoso cruzar, lóbrega y fría
Para llegar á la secreta puerta
Que da á la enfermería,
¿Dí, no será bastante á detenerte?
¡Oh, nó, la antorcha de la noche he visto
Centellear en el cielo, ella me augura
Que vendrás á mi voz, que voy á verte!.....

Con madreselva y rosas
De otoño, decorada
Se encuentra al fin mi lúgubre morada.
Cuántos perfumes el ameno bosque
Ofrece, allí he quemado
Y un asiento de musgo,
Para tí, Armella mía, he preparado.
Sin que me mires, tú podrás hablarme;
Sí; yo me ocultaré tras la verdura;
Veré esa faz tan pura,
Oiré esa voz querida,
¡Ah! ¿No es esto bastante
Para atarme á la vida?.....

¡Ella ha venido, oh dicha! ella ha pasado
Dos horas á mi lado!.....
¡Volverá todavía!.....
Tú, que mi acerbo llanto has contemplado,
Dios de amor y consuelo,
¡Tú conoces ahora mi alegría!.....
Tú, que lees en el fondo de mi pecho,
¿Acaso es de un ingrato
Mi corazón, en lágrimas deshecho?.....
¡Oh, nó, Señor! ¡oh, nó! yo te bendigo
De lo íntimo de mi alma conmovida;
¡Yo te bendeciré toda mi vida!.....

¡Qué mezcla de placer y de amargura!
¡He vuelto á ver á la que tanto amaba,
Que á mi encuentro volaba,
Sin poder estrecharla sobre el seno
De su amor sólo, y de su imagen lleno!.....
He debido gritarle:
¡Armella! de tu esposo
Aparta tu mirada! si me vieras
Huirías ¡ay! del infeliz leproso!.....
Pero ella me ha estrechado

Sobre su corazón; por mí la muerte,
¡Sí; la muerte gozosa ha desafiado!.....

Para tornar benéfico el ambiente
De arrallán y romero
Frescas ramas quemaba, diligente;
Cuando al través del humo
Mi ángel consolador ví de repente.....
El cielo me es testigo,
Yo le gritaba: Armella!
No te aproximes más! esfuerzos vanos;
¡Me he sentido estrechado entre sus brazos,
Y oprimida la mía entre sus manos!.....

¡Oh, cuán dulce vibrara
En mi oido su voz, que repetía:
«Haroldo! volveré todas las noches,
Ya conozco el camino
Que á tu retiro misterioso guía»

¡Nada ha podido acobardarla, nada!
La tempestad en torno rebramaba,
Y ella á mi lado, como siempre estaba,

¡Iris de paz en tenebroso cielo!
¡Ah! cuando á la ternura
Se junta la piedad, nada hay bastante
De una mujer amante
A detener el generoso vuelo!
El infortunio es para ciertos seres
Poderosa atracción, vínculo santo,
¡El egoismo sólo
Desviando su faz, huye del llanto!
Prestar alivios al ajeno duelo
Es aún más grato al alma
Que á su propio dolor hallar consuelo.....
¡Ah! la hechicera mía
Esa dicha inefable conocía!.....

Cada noche aquí vuelve; cuando todo
En silencio reposa, Armella escapa;
Furtiva se desliza y temblorosa
Cual si en su tierno pecho
Alguna acción premeditara, odiosa.
¡Y en tanto, es la belleza,
La juventud, la gracia,
Que buscan al martirio y la tristeza!

¡Es la caridad santa
Que encamina al dolor su leve planta!
Es un ángel de amor, que desdeñando
De los *felices* los pomposos nombres,
Desciende hasta el desecho de los hombres!!.....

Ninguno en el alcázar
Su aüsencia sospecha.
Cuando sale escondida
Los puentes levadizos se han alzado,
Los rastillos bajado,
Y experta centinela
Cada salida cuidadosa vela.
Esa puerta llamada
De la misericordia que algún día
El noble castellano
De Chantoçé, en silencio, construïa
Para escapar de un sitio á los extremos;
Esa puerta secreta,
Cuya existencia fuéme revelada,
Hacia mí la conduce cada noche,
Sigilosa y callada.....

.....

Ante la cruz del lago
Nadie ha venido á orar; sordo rüido
Extraña agitación en el castillo
Descubrir he creido.....
¡Cuán lento el tiempo pasa,
¡Ven, noche, ven! mi corazón te implora,
A calmar la inquietud que le devora.....

Ha llegado la noche; mas no Armella.
¿Del infortunio mío
Sentirá acaso hastío?
O...talvez...¡cielo santo!
Yo tiemblo todo de terror y espanto!.....
Si el aire envenenado
Que aspiró junto á mí...¡Señor, redobla,
Redobla mi martirio; pero vela
Sobre la esposa fiel que no ha temido
Prodigar su ternura, sus consuelos
Al esposo infelice,
De los hombres proscrito, y sepultado
Vivo, ¡ay dolor! en el sepulcro helado!.....
Su abnegación, su caridad, han sido
Más fuertes que mis males.....

Tú, que conoces su alma grande y bella,
Dios de amor y piedad! vela por ella!!!

. . . . . .

CONCLUSIÓN

La historia de Haroldo probó al auditorio
Que Armella es, no sólo de culpa inocente,
Si no que citada será eternamente
Por digno dechado de amor y piedad.

En torno al *banquillo* do el ángel se posa
De ardiente alabanza resuena el murmullo,
Cual himno armonioso, cual plácido arrullo,
Que alivia del alma la cruel ansiedad.

Cual cruza los cielos risueño celaje
Dorando á su paso la cándida estrella,
La frente de nácar purísima y bella
Bañó, de la joven, modesto rubor.

Y el triste leproso la suya doliente,
Que ha poco á la tierra tenaz inclinaba,
¡Al rayo de gloria que de *ella* emanaba
Alzó, iluminada de orgullo y de amor!...

El monje triunfaba: con voz penetrante
Jueces, sacerdotes, exclama, y ancianos,
Dejad vuestra silla, ¡alzad vuestras manos!
¡Honrad á la que antes queriais juzgar!

¡Pueblo, que implacable pediste su muerte
¡Batid, batid palmas! de lirios y rosa
Ceñid esa frente serena y hermosa
Que sombra de culpa no osara empañar!

Al vivo entusiasmo del monje obedientes
Los jueces su puesto de honor han dejado;
El pueblo de hinojos se mira postrado;
Retumba en la sala gozoso clamor!.....

Las duras cadenas de Armella cayeron;
Y, libre, sus manos, que el hierro oprimía,
Al Cristo, que en lo alto del muro pendía,
Piadosa levanta con vivo fervor.

¡Instante supremo!...el ruido ha cesado.....
Un *algo* grandioso, un *algo* se espera!.....
La joven alzándose, cual ave ligera
La sala atraviesa con paso veloz.

Y luego, de Haroldo fijándose al lado
Como ángel que al triste señala la senda
Do el premio lo aguarda tras ruda contienda,
Exclama con clara, dulcísima voz:

«Libertad me disteis, libertad no quiero:
La corte abandono...favor...alegrías.....
¡Un voto solemne consagra mis días
A alivio y consuelo de ajeno sufrir!

Muerta para el mundo, será mi desvelo
De aquel á quien lazo sagrado me liga,
Curar las dolencias, calmar la fatiga,
¡Hacer resignado su largo gemir!.....

En hora sombría de horrenda tortura
Mostrando á sus ojos allá en lontananza
La lumbre divina de eterna esperanza,
Aliento á tan crudo martirio daré.....

¡Haroldo!...partamos, ¡es tuya mi vida!.....
Si es fuerza abandones los patrios confines,
¡Doquiera tus pasos errante encamines
Yo, siempre á tu lado, contigo seré!".....

FIN.